



Maximiliano ó la Caída del segundo Imperio

MAXIMILIANO

O LA CAIDA DEL

SEGUNDO IMPERIO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

ENSAYO DRAMATICO
ESCRITO POR EL LIC. RAFAEL GOMEZ,
INDIVIDUO
DE LA ACADEMIA MEXICANA,
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPANOLA.
DE LA LENGUA.



MEXICO.
TIP. DE "LA VOZ DE MEXICO." CALLE DE
CHAVARRIA NUM. 6.

—
1894.

DR © 1894.

Instituto de Investigaciones Jurídicas - Universidad Nacional Autónoma de México.

Fondo reservado de la Biblioteca Jorge Carpizo, <https://www.juridicas.unam.mx/biblioteca-dr-jorge-carpizo>

MAXIMILIANO

O LA CAIDA DEL

SEGUNDO IMPERIO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

PERSONAGES.

MAXIMILIANO, *Emperador de México.*

MIRAMON, *General imperialista.*

CONDE DE SCHERTSENTECHNER, *Ayo que fué de Maximiliano.*

MARIA, *Esposa de Miramón.*

PRINCESA, DE SALM SALM.

LOPEZ, *Coronel imperialista.*

ESCOBEDO, *General republicano.*

FERNANDO, *Capitán republicano.*

FISCAL.

UN OEICIAL.

GENERALES Y SOLDADOS DE LOS DOS CAMPOS.

La acción pasa en Querétaro. El teatro representa un gran salón en el Convento de las Capuchinas, regimiento adornado, con trono y dosel, en el lugar más conveniente. En el foro habrá tres puertas: una grande en el fondo, por donde se dejará ver un hermoso pórtico, y las otras á la derecha, y á la izquierda.

La acción empieza á las nueve de la mañana.

Acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MAXIMILIANO, CONDE.

MAXIMILIANO.

(Saliendo por la puerta del fondo.)

¡Conde, Conde, sois vos! Si vuestra mano
Trémula no estrechara, dudaría.
Dios escuchó los votos y los ruegos
Del infeliz con cetro que camina
A no sabe que abismo. En buena hora
A mí, rico en bondades, os envía
A vos, que fuisteis en mi edad primera
El benéfico sol, la luz amiga
Que á sus tinieblas me arrancó, y la mano
Que sembró en mi alma aun tierna la semilla
De la virtud. Sereis hoy mi consejo
Y mi firme sostén.

CONDE.

No necesita
De consejo el prudente, ni de flaco
Sostén quien la virtud cual vos cultiva.
Si temeis desmayar en el combate,
Es óleo la virtud que fortifica
Al atleta cristiano. Si de sombras
Circundado el espíritu no atina

8

Con cuál sea la regla de conducta
A que ajustarse deberá, la misma
Os la pondrá delante de los ojos
Mejor que la mayor sabiduría
Del mayor de los hombres.

MAXIMILIANO.

Conde, nunca

Sintió más espantosas sacudidas
Mi corazón; jamás fué tan estéril
Mi poder, tan menguada, tan mezquina
Mi voluntad. Vacilación en todo:
En el pensar y disponer remisa
Incertidumbre, en el obrar torpeza,
Aturdimiento, falta de energía.
No sé lo que me pasa. En tan horrible
Situación, veros junto á mí es gran dicha.

CONDE.

¡Cuanta bondad, Señor!

MAXIMILIANO.

¿Pero decidme

Qué causa motivó vuestra venida,
A este país turbado por la guerra,
De Alemania que en paz glorias medita?
Y ¿cómo entrar pudisteis en la plaza,
Y del fiero enemigo que la sitia
Burlar la vigilancia y los amaños?

CONDE.

A mi oído, por públicas noticias,
Llegó cierto el rumor del abandono
En que os dejaba negra la perfidia

Del tercer Bonaparte, y los manejos
Del primer Mariscal de su milicia.
Lo resuelto por vos en Orizaba
Sobre que hasta morir defenderiais
El combatido trono, después supe.
Y más tarde la fama, poco amiga
De secretos, á Europa el desenlace
Funesto y desastroso comunica
De los combates con que dió principio
Esta guerra en que andais, guerra maldita:
Y yo, que os he querido como un padre
A su hijo, á pesar de que la fría
Torpe inútil vejez el pie entumece,
A la idea cruel de que peligra
Vuestra existencia para mí tan cara,
De volar hacia vos en ansias vivas
Me siento arder; en los caducos miembros
La juvenil pujanza resucita;
Y en férrea nave, sin contar mis años,
A las olas me entrego y á las iras
Del Atlántico mar, la dulce tierra
Dejando que reclama mis cenizas,
Y diciéndome. “de algo servir puede
Este viejo, que sabe de desdichas,
A morir infeliz.”

MAXIMILIANO,
La misma, Conde,
Afección de otros tiempos sí, la misma.

CONDE.
En la distancia el pensamiento fijo,
Larga me pareció la travesía,
Y el buque volador, pesado plomo

10

Mas cuando ya dobladas las Antillas,
Y recorrido el Golfo mexicano,
Piso de Veracruz, las encendidas
Playas, Señor, entonces la esperanza
Es algo bello para mí, respira
Más libremente el corazón! Y fuerzas
Siento y poder para salvar las filas
De escabrosas montañas, anhelado
Término de mi viaje; y con fatiga
Y entre peligros mil, la marcha emprendo
Por hondos valles y por agrias cimas,
Hasta llegar al frente de la noble,
Denodada ciudad, que hoy justifica
Su adhesión y su amor con altos hechos.
Pasar no pude más allá; á la vista
De vuestras posiciones, me detiene
La orden que el Jefe sitiador me dicta.
¡Desesperante situación! ¡horrible
Martirio! veros sobre la vecina
Muralla, sin poder comunicaros
Mi pensamiento, sin tener la dicha
De que supierais que al anciano sobra
Una vida que dar por vuestra vida!
Menos sufre el sedierto que no puede
Sus labios refrescar con una limpia
Gota del arroyuelo cristalino,
Que á sus piés murmurando se desliza,
Que yo en tan duro y afflictivo estrecho.
Mas al romper el alba de este día,
Parte de vuestro ejército bizarro
Hizo presta salida, repentina,
Y logró difundir miedo y alarmas
Y confusión en las contrarias filas.
Y á la dudosa luz del sol naciente,

II

Arovechando la ocasión propicia,
Pude aquí penetrar, donde peligros
Ciertísimos correis, que me horrorizan.

MAXIMILIANO.

Ya no temo. Con vos aliento cobro;
A mí vuelve la fe; se fortifican
Mis esperanzas; las alarmas huyen,
Y como por encanto se disipa
Fatal la incertidumbre, que no deja
Determinar al alma. La neblina
Así del sol á los primeros rayos
Se desvanece.

CONDE.

Pueda todavía

Seros útil en algo.

MAXIMILIANO.

¡Venceremos,

Conde, no lo dudeis! ¡Sea bendita
La hora que os trajo, augur de la victoria!

CONDE.

¿Pensais, pensais en triunfos, cuando esquivá
Se muestra la fortuna? Me parece
Como soñar. Salvar, Señor, la vida
Y salvar el honor, son las dos cosas
Que para resolverse necesitan
De pensarse. Vencer es imposible.

MAXIMILIANO.

¡Imposible decís! ¡Qué significan
Entonces de las masas populares
Los que resuenan clamorosos vivas?

[*Se oyen ¡vivas! lejanos.*]

¿Y qué de los marciales instrumentos
Que preludian, oid, las armonías

[*Se oye á lo lejos el himno nacional.*]

Del himno nacional? ¿qué los laureles
Hoy conquistados? ¿qué la repentina
Llegada vuestra, y lo que en mi alma pasa,
Sino que el brazo vengador retira
Del pueblo y del monarca sin ventura,
El Dios de las batallas?

CONDE.

¡Ah! de un prisma

A través estais viendo los sucesos.
La realidad, Señor, es muy distinta
De como la juzgais. Mirad en torno;
El enemigo por doquier domina,
Suya es la situación. A breve espacio
De tierra, á la Ciudad, en que os obliga
A pelear, os tiene reducido.

MAXIMILIANO.

Si como veis su campamento linda
Con nuestros muros, es debido, Conde,
A nuestra sola voluntad y miras
De bien pensado plan; de sus soldados
No al valor ni á la estrecha disciplina,
Ni de sus capitanes á la audacia,
Ni á la estrategia y militar pericia
De sus gefes y bravos generales.
Ayer encastillados en las cimas
De los montes cercanos, eran fuertes,
Y tal vez invensibles. Convenía
Hacerlos cambiar de posiciones;
Y se obró en tal sentido, con exigua
Resistencia su avance contrastando.
Así del sitiador, así se explica
La aparente ventaja. Mas no sabe

Que en son de triunfo corre á su ruina,
Y no está lejos la hora en que conozca,
Aunque tarde, sus yerros.

CONDE.

Me contrista

Y estremece, Señor, vuestra serena
Confianza en el triunfo. De distinta
Manera pienso yo. Sufrid que como
Mis opiniones son, así las diga:
Teneis razón, Señor, pero no fuerza;
Os asiste, el derecho, la justicia,
Mas os falta poder. Vuestra victoria
Yo compraría al precio de mi vida:
Empero, á mi pesar, presiento, veo
Que vencido sereis. Muy mal os pintan
Las huestes sitiadoras, si las ponen
Desnudas de poder á vuestra vista.
Superiores en número y en armas,
Diestras, disciplinadas y aguerridas,
Y al mando de resueltos capitanes
Que con su ánimo, ardor les comunican,
Con otro apoyo formidable cuentan.
El menos perspicaz puede en sus filas
Ver tallas altas y cabezas rubias,
Que la neutralidad de la vecina
República desmienten, con las negras
Cabelleras del indio confundidas.
Y ¿es posible triunfar?

MAXIMILIANO.

Conde, quien triunfa

De hecho, en que es posible no vacila.
No conoceis la ley de mis soldados.

Su valor no se mide por su cifra:
Cada uno ellos vale más que ciento
De los leones que la plaza sitian.

CONDE.

A contrastar el número no bastan
De ánimo y corazón prendas exímias,
Pues la fuerza, Señor, la fuerza bruta
Al valor en sus aras sacrifica,
Y unce á su carro vencedor, salvaje,
A la inerme razón y á la justicia
Desvalida. Además, las municiones
De boca van á menos cada día;
La ración al soldado se reduce
Con daño del vigor que necesita
En desigual combate. ¿De qué sirve
Que el espíritu flero no se rinda,
Si al cuerpo, falto de vigor, no es dado
Vestirse de firmeza, armarse de ira?
¡Mudad, Señor, mudad de pensamiento!
Ès la ocasión. Cada hora fugitiva
Que se deja escapar es como hoja
Que violento aquilón arranca y quita
Al árbol de la última esperanza,
Que si algunas conserva, es ya marchitas.

MAXIMILIANO.

Al árbol suponed de toda fronda
Desnudo... .. Nada importa. A la ruína
De todo seguirá luego la muerte,
Custodio del honor

CONDE.

Empero, encima
Queda del hondo mar que vais cruzando

En rota nave, lejos de la orilla,
Salvadora una tabla, en que la guerra,
Bestia bronca y feroz que domestica
Ha tiempo el cristianismo, más humanas
Leyes para el vencido tiene escritas.
Mejor que lucha desigual pudiera
(Con intención)

Un arbitrio salvar honor y vidas.

MAXIMILIANO.

(Con exaltación)

¡Y qué me proponéis! ¡Oh! la deshonra!
¡Antes que tal baldón y tal mancilla
Vuelva, Conde, á arrojarme vuestra lengua
De raíz arrancadla por inicua.....!
¡Moriré combatiendo, que es hermoso
Por la patria morir!

CONDE.

¿Más ésta altiva
Tierra que tiene de común con Austria,
Patria de los Hapsburgos sólo digna?

MAXIMILIANO.

Austria no existe para mí. Mi sangre
Es como mejicana. Así lo digan
De Miramar los muros que escucharon
Mis santos juramentos; lo repitan
Del Adriático mar las ensenadas
Y de Trieste los valles y colinas.

CONDE.

Mirad, Señor: el riesgo es ya terrible
Realidad. La tierra que se pisa
Es de un volcán el hervoroso cráter.
¡Oh! salvaos!

16

MAXIMILIANO.

¡Éstalle y en cenizas

Convierta con sus llamas este inútil
Vástago de una raza esclarecida!
Así á lo menos tumba gloriosa,
En los escombros de sus houdas simas
Hallará, superior á su infortunio,
De Carlos V el nieto

CONDE.

De rodillas

Os lo ruego. ¡Salvaos!

MAXIMILIANO.

(*Con exaltación*)

De pié, Conde.

Alzaos al instante. Y si no abriga
Más nobles sentimientos vuestro pecho,
Es cordura callar. Dadme noticias,
(*Serenándose*)

Si quereis complacerme, de la augusta
Emperatriz Carlota. ¿Recibida
Fué benévolamente por la Francia?
¿Napoleón tercero de justicia
Torna á la senda y sus demandas oye?
Más no digais palabra. La perfidia
Ha de triunfar al fin. Y es gran consuelo
Ignorar males ciertos.

CONDE.

[Adivina

Lo que pasa. ¡Infeliz!]

MAXIMILIANO.

Dejadme solo

CONDE.

(He aquí Napoleón tu obra maldita.) (*Al irse*)

17

ESCENA SEGUNDA.

MAXIMILIANO

¿Y situación habrá más lamentable,
Majestad, que la tuya? Apenas miras
Un rayo de esperanza, y sobrevienen
Abismos de tinieblas. Enemiga
Resuena para tí la voz que grata
Antiguamente fué. De tu desdicha
El rigor exacerva hasta la dulce
Memoria de Carlota. ¡Oh heroína
Del amor conyugal! tal vez padeces
Más afrentas que yo, más ignominias.
Tal vez mis ojos á mirar no tornen
El cielo de los tuyos.....

[*Queda meditabundo*]

ESCENA TERCERA.

MAXIMILIANO,
MARIA, LA PRINCESA DE SALM SALM.

MARIA (*A la Princesa.*)

No: medita.

PRINCESA (*A Maria*)

Está preocupado. Su silencio
No interrumpamos.

18

MARIA (*A la Princesa.*)

Esperar? Ya conducen al cadalso
A reos infelices. ¡Ah, que vivan!
(*Dirigiéndose d Maximiliano*)

¡Ah! sois vosotras. Señor.

PRINCESA.

Os pedimos,
Majestad, que excuseis.....

MAXIMILIANO.

Sed bien venidas.
Vuestra presencia aquí parece extraña;
Aunque pienso que vos, de la afligida
Ciudad, de la que sois cual providencia,
A exponerme venís, de entre infinitas
Necesidades, una. ¿Es lo que creo,
Señora?

MARIA.

No Señor; cosa distinta
Me trae á vuestros piés.

MAXIMILIANO, [*A la princesa.*]

Noble Princesa,
¿Y á qué debo el honor de esta visita?
Alguna nueva empresa, grande, ardua
Vuestro cerebro y corazón fatiga,
De esas que ponen en los hombres susto,
Y que llamais con gracia *niñerías*.
Hablad.

PRINCESA.

Mas, si os parece..... hable primero
Que yo mi compañera y dulce amiga.
Para ella cada instante que se pasa
Inútil, es una hora de agonía

MAXIMILIANO. [*A Maria.*]

Pues, Señora, decid lo que os apena.
¡No alcanzo á comprender!.....

MARIA.

Si alguna estima
Os merezco, Señor, asegúradme
Que vais á perdonar.

MAXIMILIANO.

¿A quién?

MARIA.

Las cimas
De la montaña próxima testigos
Fueron hoy de que, en ruda acometida,
De prisioneros grande muchedumbre
Vuestras huestes hicieron, y.....

MAXIMILIANO.

La íntegra
Corte marcial los juzgará mañana.

MARIA.

Su sentencia de muerte está ya escrita.
El guerrero atambor con sus redobles
Nos dice que al patíbulo caminan.

MAXIMILIANO.

¿Y qué hacer?

MARIA.

Perdonar. Es más hermoso
Perdonar que obligar á la justicia
A que derrame sangre.

MAXIMILIANO.

Menos sangre

¿Quién derramó jamás?

PRINCESA.

Reconocida

Verdad, Señor; con menos indulgencia,
La guerra que hoy os hacen no sería
Tan tremenda como es, tan imposible
De someter á la razón sus iras

MAXIMILIANO [*A Maria.*]

Ya lo ois. Además á los que mandan
La ley es superior; y ella castiga.

MARIA.

¡Ah no, no! En los que imperan la clemencia,
Es la más singular prerogativa,
El más bello atributo. ¡De los tristes
Apiadaos!

MAXIMILIANO.

Qué vale la justicia

Si ante indiscreta compasión, el rayo
Depone vengador?

21

MARIA.

Son las conquistas
De la misericordia más preciosas
Que de las leyes que los hombres dictan
Los míseros trofeos. ¿Menos fuerte
Perdonando sereis? No: cada vida
Que conserveis piadoso á la inocencia,
Cien y mas corazones os cautivan.
Jamás el que perdona se arrepiente,
Y suele arrepentirse el que castiga.

MAXIMILIANO.

Ellos que vencedores inmolaron
A su rencor, con ultrajantes risas,
En San Jacinto á centenares de heroes,
¿Merecen compasión hoy que se miran
Vencidos y humillados?

MARIA.

¿Su conducta
Feroz será la que de ley os sirva?
¿Sereis cruel, porque crueles fueron?

MAXIMILIANO.

La patria de sus vidas necesita

MARIA.

¡Necesidad fatal! Mas la divisa
Que luce con honor en vuestro escudo
Es, ledla: "Equidad en la Justicia"
*(Mostrándole el escudo imperial que ocupa el
centro del dosel)*

MAXIMILIANO.

Pero no impunidad.

3

22

MARIA.

Los atambores

Ya no escucho..... ¡Perdón! os lo suplica.
Desdichada mujer!..... ¡Si tarde vuelvo,
Inutilmente volveré!..... ¡Mentira
No pueden ser vuestras promesas....

MAXIMILIANO.

(Después de reflexionar y escribir)

Sea

Como vos lo quereis. *(Dándole un papel)*

MARIA.

(Con gozo á la Princesa)

¡Perdona!

(A Maximiliano al recibir el papel)

Rica

Joya engastais en vuestro cetro. ¡Gracias!

(Se va)

ESCENA CUARTA.

DICHOS MENOS

MARIA. AL FIN UN AYUDANTE.

MAXIMILIANO

Y la de Salm, según lo significa,
Parece reprobado, tal vez me engañe,
La gracia á fácil ruego concedida

PRINCESA.

Reprobar tan humana acción no fuera
Propio de una mujer, aunque conciba
Que, si es inoportuna, á quien la otorga,
Funesta en ocasiones ser podría,
Como hoy pudiera, que circulan voces,
Cuyo origen en vano se averigua,
De que los sitiadores han logrado
Comprar con oro la conciencia inicua
De un jefe de la plaza, y con ayuda
Semejante conciertan y combinan
Un asalto.

MAXIMILIANO.

Son voces á que nadie
Da fé. No, la traición y la perfidia
No albergan en mi ejército.

PRINCESA.

Con todo

Yo no puedo, Señor, estar tranquila
En esa incertidumbre; y salir de ella
Me propongo. Será cosa sencilla,
Si vos me permitís que al campamento
Contrario vaya á recoger noticias.
Allí sabré de cierto lo que pasa.

MAXIMILIANO.

Princesa ¿y presumís que os lo permita?
Sería aventuraros á la muerte.

PRINCESA.

Los fueros de mi sexo son mi egida.

MAXIMILIANO.

Sería consentir en vuestro ultraje.

PRINCESA.

De todo ultraje la mujer se libra
Si en su honra piensa. ¿A qué procaz no aterra
La honestidad de una mirada digna?
Además, ya otra vez, Señor

MAXIMILIANO.

Recuerdo,

Acciones cual las vuestras no se olvidan,
Que, no pudiendo recibir ninguna
Razón cierta de fuera, pues que víctimas
De guerra sin cuartel son los que tienen
Valor de conducir cartas ó cifras,
Vos, sin temor á la terrible suerte
Que muchos no contaron á sus filas,
Vais á la Capital, y del estado,
Que guarda, relación me dais precisa.
A vos debí saber que ya no tengo
Auxilios que esperar, Puebla vencida
En mala lid, y México cercada
Por numerosas tropas enemigas.

AYUDANTE.

El Señor Miramón

MAXIMILIANO.

Que pase luego

[*El ayudante se va*]

PRINCESA.

Y ¿qué me respondeis?

25

MAXIMILIANO.

No justifican

Paso tan arriesgado vagas voces,
Sin origen, sin formas definidas.
Y debeis desistir.

PRINCESA.

(Es necesario

Que ignorándolo parta.) Que desista
Es vuestra voluntad.....

[*Inclinando la cabeza en señal de despedida*]

MAXIMILIANO.

Adios, Princesa.

ESCENA QUINTA.

MAXIMILIANO, MIRAMON.

MAXIMILIANO.

Querido General, con la más viva
Ansiedad esperaba que vinieseis

MIRAMON.

Excusad mi tardanza; mas debía
Saber cómo, después de la batalla,
Quedaban vuestras tropas. Quedan listas.

MAXIMILIANO.

General ¡que combate! ¡que victoria!
Mi enhorabuena recibid.

MIRAMON.

Quien lidia

Con soldados del temple de los vuestros,
Es fuerza, ó que laurel triunfador ciña
O sucumba con gloria.

MAXIMILIANO.

¿Se batieron

Con ímpetus y brío?

MIRAMON.

Maravillas

Hicieron de valor. Cuando defienden
Los leones coléricos su cría,
De carnívoros tigres, no se muestran
Más animosos que ellos.

MAXIMILIANO.

Para escritas

Sus hazañas serán. Se me hace tarde
De vuestra boca, General, oírlas.
¿Cómo fué la batalla?

MIRAMON.

Los primeros

Movimientos, Señor.....

MAXIMILIANO.

A la remisa

Luz de la luna vislumbré. Felices
Fueron, más después nube importuna
Me cercó de tinieblas

MIRAMON.

Fué de dicha

Mensajera esa nube. Silenciosos
Y conteniendo bríos, que podían
Ser funestos, con pena coronamos
Del Cimatario la peudiente eriza.
Nada nos contrarió. Los centinelas
Avanzados, del riesgo de sus vidas
La magnitud midieron, cuando fiero
Golpe de muerte en tierra los derriba.
De repente el clarín resuena ronco
Y el marcial atambor sonoro vibra;
Y á su rudo redoble gran estruendo
De cien descargas de fusil nutridas
Alarma va á sembrar en los que duermen.
Como las aves que de noche anidan
En boscajes de abetos y de pinos,
Cuando en recia tormenta se desquicia
El cielo, y truena el rayo, y de los troncos
Pone fuego voraz en la resina,
En horrorosa confusión despiertan,
Y en pos de salvación se precipitan
Espantadas del caso: y ciegas unas
Caen donde la llama es más activa;
Otras son aplastadas por robustos
Arboles que en momentos son cenizas;
Y pocas se contemplan venturosas
Con ir, sin sus polluelos fugitivas:
Así soldados, capitanes, jefes
Vuelven del sueño con terror, y miran
En derredor con pavoridos ojos;
Y requieren las armas homicidas,
Las inútiles armas para brazos
Que trémulos están. Parte la vida

A nuestras balas rinde; parte muere
Al golpe ciego de su mano misma,
Y los demás procuran en la fuga
La salvación. En su veloz corrida,
Nos abandonan carros y cañones
Y armas, en sangre de los suyos tintas.
Mas advertido ya de la derrota
El Jefe sitiador, manda, y desfila
La flor de la reserva; y á los nuestros,
Que dispersos se baten en guerrillas
Por las gargantas ásperas, se lanza
Como torrente rápido, de espigas
Escasas á la mies. A sonar tornan
Las trompetas, y la órden comunican
De reunión que obedecen los soldados,
Replegándose prestos á la línea
Base de la maniobra. Y en batalla
Forman y esperan con las armas listas,
Intrépidos, serenos, del contrario
La bien dispuesta y brusca acometida.
Sufren la tempestad de proyectiles
Con que se les acosa y acribilla
Desde á grandes distancias, sin moverse
Ni disparar un tiro. Cuando distan
El breve espacio que sus cuerpos miden,
Todos á una hacen fuego; y las rojizas
Balas el paso á las espadas abren
Que como rayos de esterminio brillan.
Y al ímpetu común de ambos ejércitos,
En sus bases de pórvido vacila
La montaña humeante. Se mezclaron
Los bravos combatientes. No se oía,
Entre tantos horrores y lamentos,
Mas que el grito de guerra: ¡viva! ¡viva

El Imperio! y el choque de las armas.
La lucha fué feroz.

MAXIMILIANO.

Serlo debía.

MIRAMON.

Pero no la temieron. El empuje
Con que son atacados los anima.
En los que sobreviven, los que mueren
En el labio mostrando una sonrisa
De gloria, infunden varonil aliento.
Cada golpe que dan es una vida
Que arrebatan á un heroe, cada paso
Un palmo de terreno que conquistan.
Lo mira el enemigo y en angustias
Fluctua su alma pávida indecisa
Entre una muerte inútil, aunque heroica,
Y la cobarde fuga. La ignominia
Al cabo acepta con baldón huyendo.
Y entónces con sus lauros nos convida
La más alta victoria. A consumarla
Nuestros ginetes formidables iban
Rápidos como el rayo, cuando llega.

MAXIMILIANO.

La órden de retirarse..... ¡suerte impía!

MIRAMON.

A pesar de que vi que en los soldados
El descontento puso, pues furtiva
Lágrima que se escapa de sus ojos
Lo persuade, forzoso fué cumplirla.
Algo que yo presiento de funesto
Sus bravos corazones presentían:

30

Algo que yo no quiero que se llame,
Pero que debo de llamar caída
Del Imperio de México.

MAXIMILIANO.

¿Qué pasa?

Todos tristes sucesos pronostican.
Vos mismo que jamás al desaliento
El ánimo rendisteis, dais cabida
A fatales ideas.

MIRAMON.

Mal mi grado.

Porque veo que estamos á la orilla
De un abismo, de un triunfo en otro triunfo
Conducidos, Señor. Tan inaudita
Manera de perderse me revela
Que el claro sol de Miramar se eclipsa.....
Para siempre tal vez. [Conmovido]

MAXIMILIANO.

¡Vanos temores!

MIRAMON.

Lo pueden ser; mas al volver la vista
Atrás, á lo pasado, me parecen
Más que temores realidad.

MAXIMILIANO.

No entiendo.

MIRAMON.

Escuchadme, Señor. Cuando la antigua
Púrpura devolvisteis á mi Patria
Con general aplauso y alegría

De estraños y de propios, la corona
Que llevais aceptando, guardo viva
La memoria de haberos dicho entónces,
Que al fin Napoleón retiraría
Sus ejércitos, poco escrupuloso
De cumplir la palabra prometida,
Luego que el Septentrión armipotente
De América venciera al Mediodía,
Por libertad é independencia alzado:
Que el trono, como sombra fugitiva
Había de pasar, si continuaba
Gran tiempo sostenido por milicias
Extranjeras, ya Viena las armase
Ya París, ya Bruselas; que debiais
En nacional ejército su apoyo
Buscar, y así sería de infinita
Duración, y tan fuerte como firmes
El Popocatepetl y el Ixtaccihuatl.

MAXIMILIANO.

Lo recuerdo, y también que me inspirasteis
Desconfianza á gentes enemigas
Del trono, á quienes abrumé de honores.....

MIRAMON.

Y bajo otras banderas hoy militan,
Y sin cuartel amenazando muerte,
Cuál es su gratitud claro os éxplican.

MAXIMILIANO.

Tales vuestras palabras fueron.

MIRAMON.

La fatal previsión se realiza.

Pronto

Sobre Richmond se cierne la derrota,
Y los sólidos muros rompe y mina
Al roce de sus alas espantables;
Y el gran coloso triunfa, y reconquista
Su integridad territorial; y al verlo
Imponente, las Aguilas altivas
De Zolferino y de Magenta huyeron,
Y á merced os dejaron de las iras
De enemigos crueles, de los mismos
Que ayer imperialistas se decían.
Si vuestra Magestad en mi sincera
Voz hubiese creído, muy distintas
Fueran las cosas de la guerra, y otra,
Señor, la situación.

MAXIMILIANO.

De fea envidia
Y de torpe ambición la creí eco
¡Tantas voces se cruzan y fatigan
En las esferas del poder, que es raro
Que el Soberano arierte á distinguirlas!
Las más veces aquellas que lo engañan
Escueha con agrado y con delicia,
Y las que de verdad el dulce ajenjo
Danle á gustar, lo ofenden y lo irritan.
¡Quien os hubiera conocido entónces!

MIRAMON.

¡Ah! si hubiera tenido yo la dicha
De hacerme conocer.

MAXIMILIANO.

Vuestra franqueza
Leal, no con honores que os debía

33

Premié, sino con bárbaro destierro.
Injusto fuí. Ya dejaré de serlo,
Y haré que como el sol en zenit brilla,
Brille vuestra virtud en todas partes.
Entretanto decidme: en la afictiva
Situación ¿qué hay que hacer?

MIRAMON.

Señor, conviene
Aprovechar las horas fugitivas
Y dejar la ciudad, salir al campo.
Un combate en el campo la ruína
Será del enemigo.

MAXIMILIANO.

Os arrebatá
El entusiasmo, de ánima tranquila
Consejero fatal.

MIRAMON.

Por mi responden
Los sucesos felices de este día
A cuya luz renace la esperanza

MAXIMILIANO.

Acaso los demás gefes resistan,
Como ya han resistido.

MIRAMON.

Os aseguro
Que una es de todos la opinión.

MAXIMILIANO.

Decidan
Ellos en junta general de guerra
Que yo presidiré

33

MIRAMON.

¡Sea bendita
La Providencia del Señor! La junta.....
¿Podrá ser?.....

MAXIMILIANO.

Esta noche

ESCENA SEXTA.

Dichos y López asomándose por la puerta del fondo, y luego, cuando desaparecen Maximiliano y Miramón, atravesando el escenario.

LOPEZ.

(¿Qué combinan?

Sin duda nuevo plan de operaciones
Que yo ignoro. Saberlo me precisa.)

MIRAMON.

Venceremos, Señor.

MAXIMILIANO.

Pero con gloria
O moriremos
(*Se van*)

LOPEZ.

(Sí, tendrán la dicha
De morir, y aprender, muertos con gloria,
Cómo se venga del poder la ira.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA

ESCOBEDO, LOPEZ,

LOPEZ.

Estas que veis ahora deslumbrantes,
De eterna construcción bóvedas altas,
Donde la seda luce y brilla el oro,
Fueron un tiempo celdas habitadas
Por humildes reclusas. El orgullo
Ha intentado hacer de ellas un alcázar.

ESCOBEDO.

¿Y estais seguro de que el Archiduque
Que Emperador de México se llama,
Dormirá aquí esta noche?

LOPEZ.

Lo presumo;
Aunque suele en su tienda de campaña
Con los soldados verse confundido.

36

ESCOBEBO.

¿Cuando un asalto temen ó preparan
Una sorpresa?

LOPEZ.

Juzgo, sin embargo,
Que después de ganada una batalla,
Como la de hoy.....

ESCOBEDO.

A la engañosa sombra
Van á dormir de triunfadoras palmas.

LOPEZ.

Opino como vos, pues no parece
Que por vencer solícitos se afanan,
Sino por ser vencidos. Ellos triunfan,
Y vuestras tropas llevan la ventaja.

ESCOBEDO.

No seré quien lamente sus errores.

LOPEZ,

Ni yo.

ESCOBEDO,

Sí, con razón. Vuestra venganza
Será, asi caminando, más segura.

LOPEZ.

¿De qué venganza hablais?

ESCOBEDO.

Algo la fama
Nos ha dado á entender de una querella
De honor con Miramón, en la que el de Austria

Os postergó, favoreciendo injusto
Al General en Gefe de sus armas.
Y visto lo que honor puede en los hombres....
Adivinamos lo demás que os pasa.
Creemos que, si en contra del Imperio
Os declarais, os mueve la venganza.

LOPEZ.

[Lo sospecha.] Querella que he olvidado
Por su poco valer, Vais á juzgarla.
Maximiliano, en uno de estos dias
Mandó ceñirme la anhelada banda
De general, y Miramón, de envidia
Rabioso, con calumnias, que harto caras
Le costarán, logró que de la insignia
Preciosa, con baldón me despojaran.
Mas..... ¿qué valen honores de un gobierno
Que la nación unánime rechaza.....?
Al amor de la patria indiferente
Nunca fuí.

ESCOBEDO.

Lo supongo. ¿Quién no ama
El dulce nido en que nació, las selvas
Que su cuna abrigaron, y las auras
Que respiró de niño? Pero os hablo
De cosas á mi solo fin extrañas,
Las que más interesan olvidando.
López, al presentar aquesta carta
A la persona que su sobre indica,
Recibireis en oro.....

LOPEZ.

Sí, la escasa
Suma que he menester.

38

ESCOBEDO.

Esto á reserva
De acrecentar el don, cuando nos abra
Sus puertas la ciudad. (¡Infame!) Cumpro
Lo prometido de esta suerte.

LOPEZ.

Gracias.

ESCOBEDO

Ahora del palacio las salidas
Y entradas conozcamos,

LOPEZ.

Su importancia
Militar es ninguna. Mejor fuera
El cerro visitar de las Campanas,
Llave de la ciudad.

ESCOBEDO.

La única gloria
Que sueño para mí, para la patria,
Se encierra en el recinto de estos muros.

LOPEZ.

Si no es la gloria de tomar la plaza,
No comprendo otra gloria.

ESCOBEDO.

Si hacer logro
Mi prisionero al Archiduque de Austria,
Alcanzaré la gloria que he soñado.

LOPEZ.

Al general en jefe importa nada
Que se salve el real aventurero,
Si toma la ciudad.

39

ESCOBEDO.

Con él se salva

La Monarquía; y lo que más conviene
A los Republicanos es matarla,
Ya que no pueda ser en la conciencia
Del pueblo, en la persona del Monarca.
Aquesta es la cuestión. Si la resuelvo,
Resuelta quedará la cuestión de armas,
Con la cuestión política. Adelante.

LOPEZ.

Vamos, pues.

ESCOBEDO.

Alguien entra en el alcázar.
¿Está bien el disfraz?

LOPEZ.

Sois de Yablowski

Mi ayudante, retrato en traje y cara.

*(Se van por la puerta de la izquierda; y por la
de la derecha entran Maria y Fernando.)*

ESCENA SEGUNDA.

MARIA, FERNANDO.

FERNANDO.

No falto á mi deber, ni mancho mi honra.

MARIA.

¿Qué acabas de decir?

40

FERNANDO.

Nada.

MARIA.

Ese nada

Sobre mí pesa lo que pesa un mundo.
Desde que te ví, Fernando, por las trazas
De tu rostro, entendí lo que imagino
Que á mis oídos por callar trabajas.
En el pecho revuelves algo triste.
¡Crüel incertidumbre que me mata!
¡Nada me ocultes por piedad, Fernando!
¡Nada me ocultes por piedad! Ya rasga
Del corazón los velos, y ver pueda
Lo que tras ellos en cubrir te afanas.

FERNANDO.

No, mujer, acrecientes tus dolores.
A cada día su miseria basta.

MARIA.

Te pregunto si crees que á mi esposo
Tienden ocultas redes, y levantas
Los ojos de la tierra, y por la frente
Una vez y otra vez la mano pasas.
Te ruego que me digas si su vida
Amenazan alevés, y te callas,
O me dices que luego te conduzca
Ante el Emperador. ¿Habrás más clara
Señal de mi infortunio, hermano mío?

FERNANDO.

Mientras vivan en uno cuerpo y alma,
Nadie puede llamarse desgraciado,
Ni feliz: ya lo acose mortal ansia,

Ya goce de horas prósperas. Un soplo
El cielo turba y su apacible calma,
Y otro soplo lo ciñe con el iris.
Es cierto que el esposo, de quien amas
La vida con la fuerza que la tuya,
Y con todo el anhelo de tu alma,
Peligros corre en las presentes lides;
Mas no son los primeros. Las barrancas
Profundas de Atenquique, y las pendientes
Asperas de Ahualulco y Calpulalpam
Fluctuando lo vieron entre abismos
Espantosos de muerte. Dios lo guarda
Sin duda para tí.

MARIA.

¡Peligros corre
Has dicho! ¿No es verdad?

FERNANDO.

¿Qué me costara
Decirte que de riesgos está libre?
Mas entonces serían mis palabras,
De mentida piedad, para tu pecho
Como saetas de oro envenenadas.....
Si lo que sé, y me temo, en tu noticia
Indiscreto pusiera ¿qué lograras?
Hondamente sufrir por una cosa
Que tal vez no suceda.

MARIA.

(*Con exaltación*)

¿Qué? Volara
A suplicar con voces y gemidos,
Abatiendo mi frente hasta las plantas

Del mónstruo que quisiera con su sangre
Inocente, apagar de ira las brasas.
Y si á mis ruegos se mostraba sordo,
Opondría mis manos á sus garras
En lucha desigual; y si vencida,
Haría de manera que la bala
Que hiriese su pecho generoso
Á la vez penetrase en mis entrañas.
¡A qué vivir, si muere el dueño mío!

FERNANDO.

Nido de amores la mujer, es flaca,
Vaso precioso de cristal que puede
Una atmósfera entera de fragancias
Suaves contener, frágil se rompe
Al más ligero roce de las alas
Abrasantes del Austro, ó de las frias
Del aterido Boreas.

MARIA.

Quando ama

La mujer, es la misma fortaleza;
Y si es madre y esposa, y se le arrancan
Los hijos ó el esposo, Dios un rayo
De su grande poder al seno manda
De la infeliz. ¡Fernando! no conoces
De cuanto soy capaz ¡Por piedad habla!

FERNANDO.

Évitame el disgusto cuando ménos
De hacerlo por dos veces. Ya no tarda
El Archiduque, y hablaré..... ..

43

MARIA.

Pues vamos
A buscarlo por calles y por plazas

(Se van por la puerta de la derecha; y por la del fondo entran Maximiliano y el Conde.)

ESCENA TERCERA.

MAXIMILIANO, CONDE.

MAXIMILIANO.

Si os alarmasen menos los peligros
Que mi existencia mísera amenazan,
Sería en los asuntos de la guerra
Cartera, perspícaz, vuestra mirada;
Pero es achaque natural que, cuando
Abunda el sentimiento, el juicio falta.
Y no es prudencia tome yo por norte
Opiniones que juzgo apasionadas.

CONDE.

Es joven la prudencia. Así la pintan,
Sin duda porque tiene de las canas
Horror su juventud.

MAXIMILIANO.

No, Conde, ella
En las cabezas, por los años blancas,
Acostumbra reinar. Gobierna en unas
Una familia; un pueblo en otras manda:

En unas á la guerra dicta leyes,
Y en otras á la paz máximas sábias.
Como todas las tierras no producen
Los mismos frutos, ni las mismas plantas,
Asi todos los hombres no nacieron
Para entender en lides y en batallas.
A unos dado les fué, por don del cielo,
Conocer los efectos y las causas,
Y sus estrechos vínculos; á otros
Del porvenir á las tinieblas vagas
Arrancar una luz. Cada cual nace
Con alguna virtud que no es de raza.
Y vos habeis nacido con instintos
De justicia.

CONDE.

Señor, hoy los trocara
Del león por los bríos. ¿De qué sirve
Justo ser, cuando silba la metralla,
Y menean con ímpetu los sables,
De consuno la cólera y la rábia,
Sobre vuestra cabeza?

MAXIMILIANO.

De justicia

Es la sed que me arde las entrañas.
Antes que vencedor quiero ser justo;
Y vos vais á enseñarme sin tardanza
La manera de serlo. Oidme atento:
Cuando escuché la voz que me llamaba
Al trono mexicano, y el pié puse
En él, y firme se sintió la planta,
Del generoso pueblo confiando
En el ingénuo amor que no disfraza,

Sino que nuestra, de entusiasmo rico,
Con hechos elocuentes y palabras.
¡Insensato! creí robusta encina
El cetro que era quebradiza caña.
¿Quién á decirme entonces se atreviera
En altas voces: “Magestad te engañas;
Ciego vas despeñandote á un abismo”?
La voz de un hombre, empero, se levanta,
Como la voz de la virtud severa,
Y cual la del amor, resuelta y franca;
Y del obscuro porvenir hablando,
A mi oído gritó: “Temed á Francia
Y á Luis Napoleón, si en el Sur triunfan
Las armas de la Union Americana.
El trono ha menester de fuerzas propias;
No confiéis en fuerzas mercenarias”
Yo lo oí, como se oye á un ambicioso,
Que sus intentos pérfidos solapa,
Para alcanzar por el engaño honores.
Y en mi prendió sus fuegos la ira insana,
La ira, de la razón célica lumbre,
Ministro activo y pronto, pero mala
Consejera; y mis ojos y la mente
Puso en tinieblas. Luego de importancia
Pretexto una misión; y lo confino
A remota ciudad de la Alemania.
Al cabo de tres años que veloces,
Como los días venturosos, pasan,
Mi destino se trueca, y sus anuncios
Son hoy realidad que ya se palpa.
No obstante, cuando en su retiro sabe
Que, cual naufrago, lucho con la tabla
Postrera que me queda en el revuelto
Mar de la guerra que en mí contra se alza,

Vuelve á mí con su sangre generosa,
Con su lealtad y su prudencia sabia,
Y á compartir conmigo se dispone
De rebosante hiel la copa amarga.

CONDE.

(A esa historia, mi historia es semejante.
Soy yo seguramente de quien habla)

MAXIMILIANO.

De un alto galardón no juzgais digna
Tan noble acción, abnegación tamaña?

CONDE.

¿Qué empleo mejor dar á los tesoros
De la munificencia soberana?

MAXIMILIANO.

Quiero que sea el premio que le otorgue,
Proporcional á su virtud preclara.
Vos fijaréis el modo y la medida
Si los debe tener. Yo sin tardanza
Haré que se ejecute, para su honra,
Apenas pronuncies una palabra.

CONDE.

(¡Inspiración del cielo! Está en mis manos
Su salvación. El premio que prepara
Es para mí. Después el bien que venga
Será para él)

MAXIMILIANO.

¿En que pensais?

47.

CONDE.

Pensaba.....

Que las nobles acciones que no inspira
El deseo de gloria, y son extrañas
A interés y ambición, polos del mundo,
Jamás se galardonan ni se pagan
Con honores, que son nubes de invierno
Que el céfiro más tenue desbarata;
Ni con tesoros que el orín carcome,
Y que la vanidad y el lujo gastan.
La gratitud, empero, quemar debe
De tanta abnegación sobre las aras
Un aromoso grano del incienso
Que el corazón agradecido guarda.
A ese hombre singular de mil maneras
Deberéis distinguir, en las más árduas
Situaciones, oyendo su consejo;
Y ya que alienta en vos amistad santa
Por tan ínclito súbdito, de amigo
El nombre darle, aunque de augusta raza,

MAXIMILIANO.

¿Esto sólo?

CONDE.

La vida, si con ella
Librais la suya de mortales ansias.

MAXIMILIANO.

¿Obran así los hombres; mas los reyes
Que acostumbran hacer?

CONDE.

No reparaba.

Pero en esto, Señor, ¡oh desventura!
Los reyes y los otros que se llaman
Presidentes ó cónsules, en libres
Populares repúblicas, mal andan.
Todos olvidan, cuando en mar tranquilo
Engolfados, el mérito y las altas
Virtudes de los buenos ciudadanos.
Mas Vuestra Magestad ahora trata
De abrir nuevo camino con ejemplos,
Que imitarán los pósteros mañana.

MAXIMILIANO.

Entónces acabad.

CONDE.

Honor insigne
Y gloria, de muy pocos alcanzada,
Fuera depositar, siquiera un día,
En varón de virtud y estima tanta,
Y de tan acendrado patriotismo,
Lo que más enaltece á los monarcas,
La régia autoridad, y confiarle
El imperio absoluto de las armas.
(Así lo salvaré mal de su grado.)

MAXIMILIANO.

¡Hermoso pensamiento!

CONDE.

De que os plazca
Y vuestra augusta aprobación alcance
Me siento satisfecho.

49

MAXIMILIANO.

Que se haga

Como decís en el bizarro joven
Que el imperial ejército comanda.

CONDE.

(¡Cielos!)

MAXIMILIANO.

Ocupe la virtud el trono.
En él debiera estar siempre sentada.

CONDE.

(¡Previsión mentirosa de los hombres.
Huyó de salvación toda esperanza!)

ESCENA CUARTA.

DICHOS, UN AYUDANTE.

MAXIMILIANO.

¿Traeis alguna nueva?

AYUDANTE.

La Señora

De Miramón vuestra orden solo aguarda,
Para entrar. Ha querido que la anuncie,
Y á un joven militar que la acompaña.

MAXIMILIANO,

Bien. Decidles que pasen al momento.
(*Sale el Ayudante.*)

50

ESCENA QUINTA.

MAXIMILIANO, CONDE, Y DESPUES DE LOS
PRIMEROS VEBOS, MARIA Y FERNANDO.

MAXIMILIANO.

¡Un joven militar!

CONDE.

¿Eso os alarma

MAXIMILIANO.

¿Alarmarme? no, Conde, más no atino.....

MARIA.

(*Al entrar, á Maximiliano.*)

Señor.

MAXIMILIANO.

[*A María*]

En vuestro rostro se retrata
Un gran dolor, Señora.

MARIA.

No tan grande
Como se esconde en lo íntimo del alma

MAXIMILIANO.

Explicaos.

MARIA.

Este jóven decir puede
A vuestra Majestad lo que á mi calla.

51

MAXIMILIANO.

¿Y este joven quién es?

MARIA.

Como mi hermano.

CONDE.

(*Dirigiéndose á Fernando.*)

Ayer con los contrarios militabais,
Si mal no lo recuerdo, y si los ojos
Decrépitos..... ..

FERNANDO.

Los ojos no os engañan.
Republicano soy y á este recinto,
En mala hora, me trajo la desgracia.

MARIA.

Es de los prisioneros que la vida
Alcanzaron de vos esta mañana.

MAXIMILIANO

(*A Fernando*)

¿Y tratais de pagar agradecido?

FERNANDO.

¡Ojalá que pudiera con la paga
Libre quedar de semejante deuda!
Menos infortunado me juzgara.

CONDE.

Tal vez desengañado, el pecho noble
Y fuerte brazo al trono ya consagra.

FERNANDO.

Yo, que juré al francés odios eternos,
Y prometí, por el honor sagrada
Religión del soldado, en voz solemne,
Jamás volver pacífico á la vaina
El hierro matador, mientras de sangre
Una gota en mis venas circulara,
Hasta no ver sus águilas altivas
De mi adorada México á las plantas;
Yo, no querría nunca, no podría
Llevar la humillación hasta la infamia,
A lo que antes quemé rindiendo culto,
Y quemando lo que ántes adoraba.

CONDE.

[*A Fernando en tono de reconvención.*]
Debierais moderar vuertra vehemencia.

MARIA.

[*Con tono suplicante á Fernando.*]
Fernando, no hables de esa suerte, calla.

MAXIMILIANO.

[*Dirigiéndose al Conde y á María.*]
No, dejadle decir. Yo bien comprendo
El subido valor de sus palabras.
Incendios son del corazón, que arde
De patrio amor á la divina llama,
De ese amor comparable con ninguno;
Que engendra el heroismo y las hazañas
Inmortales inspira. Por un yerro,
Que respetar debemos, tan bella alma
Adhiere á la facción de mexicanos,
Que hará la desventura de la patria,

(*Dirigiéndose á Fernando.*)

53

Admiro vuestro ardor, pero deploro
Que le empleeis en contra de la causa
Nacional,

FERNANDO.

(Con entusiasmo.)

Y ¿porqué nacer no vieron
A príncipe tan noble estas comarcas?

CONDE.

El casual nacimiento no da siempre
Patria ni religión determinadas.
La voluntad nos hace ciudadanos,
O fieles de tal culto nos ensangra.

MAXIMILIANO.

¿Sois, pues, un enemigo?

FERNANDO.

Sin quererlo;

Mas por mis labios amistad hoy habla.

MAXIMILIANO.

¿Y qué podreis decirme, sin venderos,
Que no sea ó mentira, ó una trama
Úrdida en nuestro daño?

FERNANDO.

Quando acabe

De explicarme, Señor, muy á las claras
Vereis y tocareis, cómo se pueden
Hacer revelaciones de importancia
Entre enemigos francos, sin ofensa
De la verdad, ni agravio de la santa
Fidelidad.

7

54

MAXIMILIANO.

Ya escucho.

FERNANDO.

Si creyera

Que en lo que voy á revelar faltaba
A lo que exigen honra y patriotismo,
La vil lengua primero me arrancara.
Yo no vengo á poner en vuestras manos
El porvenir de mi querida patria,
Ni tampoco la suerte del heroico
Ejército, que lucha y no descansa
Por libertarla de extranjero yugo,
Y verla, como fué, republicana.
Sólo vengo á impedir que ansiosos hijos,
Para quienes el tiempo mucho tarda,
Arrojen impacientes á su rostro,
Como lo intentan, vergonzosa mancha.
Gloria es triunfar luchando cuerpo á cuerpo;
Mengua vencer con las inobles armas
De la traición. Pues bien; ya no se piensa
Fuera de la ciudad por las murallas,
A fuerza de valor ánimo y brío,
Abrirse paso al centro de la plaza.
Se prefiere ¡oh baldón! villanamente
Conquistar un laurel, que con la espada
Podrían conquistar. Tal vez ahora
Al miserable que se vende pagan
El precio de su honra, siu cuidarse
De que la suya propia despedazan,
Ni de que dan á México á que ciña
Una corona que el pudor rechaza.
Créedme, Señor, estais vendidos,
Y envidia vuestra suerte malhadada.

55

Estais comprados, soy de los que compran,
Y truco por la vuestra mi desgracia.

MAXIMILIANO.

¡Que acabo de escuchar!

MARIA.

¡Dios mío!

CONDE.

¡Cielos!

FERNANDO.

Que despierte á mi voz la vigilancia
Vuestra, que acaso confiada duerme;
Y la traición, creyéndose espia,
Recogerá sus ya tendidas redes;
Y habrá necesidad de una batalla;
Y vencereis ó vencerán los míos
En buena lid, con gloria y sin infamia.

MAXIMILIANO.

¡Con que me hacen traición! ¿Y quién responde
De la verdad de pérfidas palabras?

FERNANDO.

Mi cabeza á caer, si lo son, pronta;
Otra prenda no tengo más sagrada.

CONDE.

Señor, debeis creerle. No hay testigo
Que garantía dé de su palabra
Mayor, que aquél que, prisionero, dice:
“O lo que afirmo es cierto, ó se me mata.”

MAXIMILIANO.

¿Y quien es el traidor? ¿Y cuando piensan
Sus secuaces dar cima á tal hazaña?

FERNANDO.

Sobre hechos ó propósitos que ignore,
O que deba callar, cosa excusada
Es preguntar, pues guardaré silencio.

MAXIMILIANO.

Ahora os escudáis con la ignorancia.

FERNANDO.

También con el deber. De cierto ignoro
Cuando el golpe que temo de dar tratan,
Y no debo decir cuál es el nombre
Del que á mi discreción se confiara.

MAXIMILIANO.

Pues si os creisteis obligado al crimen,
¿A qué venir aquí? ¿quién os llamaba

FERNANDO.

Os dije, recordad, que en vuestras manos
A poner no venía de mi patria
Suerte ni porvenir; y yo os haría
Arbitro de sus dichas y esperanzas,
Si, infiel depositario, del secreto
Los inviolables muros allanara.
Mas veo que callar es oportuno.
Mi franqueza, Señor, os desagrada.

MAXIMILIANO.

(*exatlado*)

Y yo veo que es tiempo de que entienda

El Capitán que, estando en este alcázar,
En vano responder á mi pregunta
Se resiste.

FERNANDO.

Promesas ni amenazas
No torcerán mi voluntad.

MARIA.

Su enojo
No exasperes ¡por Dios! Fernando, habla.

MAXIMILIANO.

Hablad sí, Capitán, pues os lo mando.

FERNANDO.

(*con firmeza*)
Dios solamente en las conciencias manda.

MAXIMILIANO.

En este punto de la tierra ahora
Yo represento á Dios. Tengo sobrada
Fuerza para obligaros; y la fuerza
Quebranta diamantes.

FERNANDO.

Pero no almas.

MAXIMILIANO.

No os mando ajusticiar, porque la vida
Os quitaría, que otorgó la gracia
(*señalando á Maria.*)
A los ruegos de ese ángel; y yo nunca.
Retrocedo, si empeño mi palabra.

58

MARIA.

¡Cuan bondadoso sois!

MAXIMILIANO.

[*con energia.*]
Pero terrible,

Seré con vos, si suelta la maraña,
Hallo que me engañasteis. Retiraos.

MARIA.

[*a Maximiliano.*]

El cielo os ilumine. La esperanza
Poned en él.

MAXIMILIANO.

(*á María.*)

Alcánceme sus luces,
Señora, vuestra férvida plegaria.

(*María y Fernando se van por la puerta que
entraron.*)

ESCENA SEXTA.

MAXIMILIANO, CONDE.

CONDE.

Los obstáculos van siendo mayores;
Imponentes son hoy, altas montañas,
Las que bajas colinas ántes fueron.
¿Quién podrá á su nivel de ayer tornarlas?

59

MAXIMILIANO.

Aquel, que el mar enfrena, y pone diques
En las arenas de la humilde playa
A la soberbia de sus bravas olas,
Deshará de los pérfidos la trama.
Aquel que dió á los brutos el instinto,
Con que los buenos pastos de las malas
Yerbas discernen, me dará que pueda
Distinguir al traidor de los que guardan
Fidelidad al combatido trono,
Y el trigo separar de la cizaña.
Mas es ya la hora de la junta. Conde,
Impacientes tal vez mi orden aguardan
Los generales para entrar. Decidles
Que pasen, y volved. Donde se tratan
Graves asuntos, asistir os toca;
Y ya vereis, la junta terminada,
Como fielmente sigo, y punto á punto
Vuestros sábios consejos.

CONDE.

(*al salir.*)

[De liviana

Y necia presunción torpes engendros,
Que son ahora torcedor del alma.]

ESCENA SEPTIMA.

MAXIMILIANO.

Crecí que de los pocos escogidos,
Que conmigo quedaron, con las armas

A defender mi autoridad resueltos,
La traición en los pechos no anidaba.
¡Cuán súbito se mudan unos hombres!
¡Con qué facilidad todos se engañan!

ESCENA OCTAVA.

MAXIMILIANO, CONDE, MIRAMON, MEJIA Y
DEMÁS GENERALES.

MAXIMILIANO.

Bien venidos, Señores. [*Aparte á Miramon.*]
(Algo tengo
De que hablaros en plática privada.)

MIRAMON.

(*aparte a Maximiliano.*)

(Os veré)

MAXIMILIANO.

(Sí, después de la asamblea;
En el parque.)

MIRAMON.

(Está bien.)

MAXIMILIANO.

(*á todos*)

Lo que con ansias
Vehementes anhelé: miraros libres
De la influencia de opiniones varias,
Y unidos en un solo pensamiento,
Es hoy un hecho, al parecer.

61

MIRAMON.

Ya nada

Dividirnos podrá.

MAXIMILIANO.

Cada uno exponga

Su modo de pensar, y con palabras
De entera libertad.

MIRAMON.

Conformes todos

Han creído, Señor, que mi voz basta
Para exponer el plan que meditamos
Y discutimos en quietud y calma.
De suerte que en su nombre y en mi nombre
Hoy os hablo. Dos meses de campaña
Sin éxito, á pesar de las victorias
Que siempre coronaron nuestras armas,
Han hecho comprender que los caminos,
Andados hasta aquí, son extraviadas
Sendas, en cuyos términos espera
A los que atrás no vuelven, ó se paran,
Vil muerte, no martirio glorioso.
La táctica hasta hoy siempre empleada
De parciales asaltos, y sorpresas,
Si atacamos; ó bien si nos atacan,
El estéril recurso de plegarse
A defender tan sólo las murallas,
Sin aspirar á más, nos alucina,
Porque triunfamos siempre; nos halaga,
Porque ceden al cabo. Mas la guerra
Cifre laureles cuya sombra mata,
Nunca es más afrentosa la deshonra
Que cuando cubre la deforme cara

8

Con los destellos de la gloria. Temo
Que tantos triunfos, si por fin la plaza
Sucumbe un día, lo que creo fácil
De suceder, se tornen en infamia,
Que sobrevivirá á toda memoria.
Oigo ya que los pósteros exclaman:
“¿Cómo fué que un ejército, agobiado
De lauros, vencedor en cien batallas,
No vencido jamás, ha sucumbido
A fuerzas que, á pesar de que le pasan
Y aventajan en número, brüoso,
Hizo morder el povo veces tantas?
¿Por qué mantienen los funestos muros,
Que no muy tarde la homicida rabia
Del hambre dejará sin defensores?
¿Por qué intrépido fuera no se lanza
A disputar, en desigual combate,
Al enemigo la indecisa palma,
Sobre su propio campamento? Culpa
Fué,” dirán, “de los hombres que mandaban,
Y torpes ó cobardes, del soldado,
El ardor generoso y entusiasta
Dirigir no pudieron, ni quisieron.”
Para no merecer mengua tamaña,
No hay más que dos caminos: ó la corta
Hueste sacar á general batalla,
Que puede coronarnos con un triunfo
Completo y decisivo; ó si contraria
La fortuna nos es, con una muerte
Heroica y digna, hacer nuestra desgracia
A los siglos futuros envidiable.
El uno salvará á la madre patria,
El otro le dará gloria en sus hijos.
Así los que el ejército comandan,

Señor, opinan. Para obrar, tan sólo
Vuestra suprema aprobación aguardan.
[*A los Generales.*]
¿Así es como pensais?

TODOS.

Así pensamos.

CONDE.

Derecho para usar de la palabra,
En la junta no tengo, pero puedo
Hacerlo, si lo quiere vuestra Gracia

MAXIMILIANO.

Si honor y gloria os mueven ¿por qué el nudo
Del silencio la lengua no desata?
Hablad.

CONDE.

Si en toda situación y tiempo,
Aun los más angustiosos, honor se halla
Cerca de los que luchan, y bien pueden
Al abrigo ponerse de sus alas,
Tan sólo con querer; no así la gloria,
Que en regiones altísimas sentada,
Sobre trono de luces radiante,
De los mortales, raras veces baja
A coronar la sien. Afortunado,
Dichoso, como nadie, me juzgara,
Si de gloria siquiera una vislumbre
Alcanzara á mirar en lontananza,
Y no densas tinieblas que encadenan
Los pies y ciegan á la par el alma.
El plan propuesto por el honorable

General Miramón revela cuanta
Es de almas bien nacidas la nobleza,
Cuanto el bélico ardor en que se abrasan,
Mas me temo, Señor, que si tan grande
Valor no se gobierna con templanza,
Sea á todos funesto. La prudencia
No siempre va por donde va la audacia.
Para mí no es un plan, que puesto en obra.
A México devuelva la esperanza
De salvación, triunfando, ni á sus hijos
Dé gloria, con la muerte que alcanzaran,
Sacrificando las preciosas vidas
En lucha desigual y temeraria.
¿Cómo vencer á numerosa hueste
Que al rededor de la ciudad acampa,
Y hierve en la llanura, y de los montes
Vecinos hierve en la tendida falda,
Como enjambre de abejas zumbadoras
En el panal en que la cera labran?
¡Imposible es vencer! El intentarlo
Es empresa, si fácil, insensata;
Es tomar el puñal con mano propia,
Y clavarlo sangriento en las entrañas;
Es despertar del pasajero sueño,
En que yace, á la muerte; y convidarla
Al festín en que el mismo que convida
En alimento sírvese á su rabia.
¿Y aquesto es gloria verdadera? Sea;
Más entonces eríjense al que se arma
Contra sí mismo, eternos monumentos,
Que conmemoren su virtud, y estatuas

MIRAMON.

¿Quereis que como tímidas mujeres

Volvamos al peligro las espaldas,
Y que, sentados sobre el fuerte muro,
Puesetas en tierra inútiles las armas,
Con los brazos cruzados, cabizbajos
Y trémulos de susto, la nefasta
Hora esperemos, en que fiero truene
El contrario, cual rayo de venganza,
Sobre la silenciosa muchedumbre;
Y á unos mande, en jauría sanguinaria,
Como á bestias matar, y á otros castigue,
El mismo con el látigo ó la vara,
O la punta del pié, como á villanos
Indignos de los filos de su espada,
Con aplauso de fiera soldadesca?
¿Qué habéis pensado, Conde? ¿de qué raza,
Tan vil y tan abyecta se os antoja
Que descende la gente mexicana?

CONDE.

No ha sido fiel intérprete la lengua
Del pensamiento que abrigaba el alma.
Perdonad, General, no pude nunca
La ignominia querer. Bajo estas canas
La dignidad alberga todavía.
Pero veo una senda intermediaria
Entre los dos caminos, porque puede
Limpio pasar y sin ninguna mancha
El honor militar de más quilates;
Y nadie en ella piensa, ni se pára.

MAXIMILIANO.

¿Y cuál es?

CONDE.

Procurar que el enemigo.
A trueque de ocupar la codiciada

Noble ciudad, sin combatir, consienta
En que la guarnición entera salga
Con todos los honores y.....

MAXIMILIANO.

¡Silencio!

No prosigais.

MIRAMON.

¡Capitular! ¡Infamia!

CONDE.

Retirarse una hueste que no rinde
Ni el acero ni el ánimo, aunque escasa,
Se ha reputado siempre como gloria,
Superior á las ínclitas hazañas
De vencedor, á quien en áureo carro
Llevan en triunfo populares masas.

MAXIMILIANO.

Retirarse es huir,

MIRAMON.

Y gran deshonra

Capitular ¡Y en cuales circunstancias!.....

CONDE.

En las más favorables al intento.
El triunfo de hoy hasta las nubes alza
La indómita bravura del valiente
Ejército imperial, que no desmaya.

MIRAMON.

Fácil juzgais que el sitiador consienta
En darnos paso libre y puerta franca,

Y en otorgar los ínclitos honores,
Que otras naciones, dignas de alabanza,
Acostumbran. Andais errado, Conde.
La bárbara costumbre, no domada
En medio siglo, desterró del suelo
De México costumbres tan humanas.
Aquí el vencido tiene de rendirse
A discreción, ó de entregar el alma
A hierro matador, en lid sangrienta.

CONDE.

No debe renunciarse á la esperanza
De templar su rigor, Quien lo procura
Nada pierde, Señor, si no lo alcanza

MIRAMON.

¿Qué decís? Procurarlo es á sus ojos
Hacer exposición de ocultas llagas;
Es poner á la orden del verdugo,
Hidrópico de sangre, cuellos y hacha.
Pero basta, Señor; ya de los Jefes
La opinión conoceis, y la contraria
Del Conde habeis oído. Prevalezca
Sobre los que disputan el que manda.
Todos á obedecer estamos prontos:
Que es del soldado la obediencia santa
La primera virtud. Mandad, si os place
Que, ó nos rindamos, ó vendamos caras
Nuestras vidas inútiles; y al punto
Daremos ¡ay! á las queridas armas
Con gozo, y á las sólidas murallas,
El postrimer adios: ó volaremos
Al campo del honor, Todos juramos
Obedecer.

68

TODOS.
Juramos.

MAXIMILIANO.

¡Noble raza

De héroes! ¡valerosos capitanes!
Vuestra resuelta abnegación arranca
Al pecho admiración, llanto á los ojos.
Poned ahora oído á mis palabras.
Yo no resolveré, lo que convenga
Hacer en las presentes circunstancias;
Porque en este momento me despojo
De toda autoridad, y toda pasa
Al vencedor del Cimatario. Dado
Le sea devolvérmela mañana,
Al acabar el día, más gloriosa
Más respetada y fuerte ¿Por qué causa?
El Conde os lo dirá después.

MIRAMON.

(aparte y luego á Maximiliano)

(¡Qué escucho!)

Indigno soy de distinción tan alta.
No la debo aceptar.

CONDE.

(Más prontamente)
Que pensé, veo mi obra consumada.)

MAXIMILIANO.

La teneis que aceptar, porque lo mando,
Y habeis jurado obedecer.

69

MIRAMON.

Se haga.

En mí la augusta voluntad.

MAXIMILIANO.

(*A la Asamblea.*)

Ahora,

Egregios campeones, pues descansa
Sobre sus hombros el poder, rendidle
El debido homenaje; y tanta carga
Con la obediencia hacedle llevadera.

(*A Miramón.*)

Y vos, árbitro ya de la campaña,
Fallad en contra ó á favor del Conde.

MIRAMON.

(*Todos se ponen en pié*)

Si queda de salvarnos esperanza,
La debemos buscar, no tras los muros
Que cerca el enemigo, mas no ataca,
Esperando á que el tiempo y los errores
Nuestros le den al cabo fácil palma.
Hágase como la Asamblea piensa.
Salga la hueste á general batalla.
La noche, madre de las negras sombras,
Declinará al Ocaso, vendrá el alba
Del nuevo día; y ella, sobre el campo
Contrario, será sol de nuestras armas.
Y puesto que á ese fin todas las cosas
De antemano los jefes preparaban,
Éstán municionados los cañones,
Afilados los sables y las lanzas,
Y listos los fusiles, y los pechos
Resueltos á morir; tan sólo falta

9

Servir á los soldados, de las pocas
Provisiones que restan, pan y viandas,
Para que cobren las perdidas fuerzas,
Y cada uno contra cien combata,
Y triunfe ó muera con honor y gloria.
Raciones no dejeis para mañana;
Mañana á los provistos almacenes
Del sitiador iremos á tomarlas.
Tras largo tiempo vean los bridones,
Que de noche y de día el freno tascan,
Gran copia entrar del olvidado grano
A los amplios pesebres de sus cuadras.
Y así podrán, del ínclito Mejía
A la tronante voz, correr en alas
De los vientos, en pos del fugitivo.
¿Otra cosa mandais?

MAXIMILIANO.

Vos sois quien manda.

Yo á pelear estoy aparejado.

CONDE.

¡Ampárelos el Dios de las batallas!

MIRAMON.

Cada quien á su puesto, compañeros.

TODOS.

¡Viva el Emperador!

MAXIMILIANO,

¡Viva la patria!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA

LOPEZ.

No me engañaba. Todos sus proyectos
Me los dió á conocer el Soberano.
De mí su confianza no retira,
Como llegué á temer. Empero es raro,
Y casi prodigioso que sospeche
Lo que ignora mi sombra, y penetrarlo
Nadie ha podido, nadie. Si la noche
Con su remisa luz no vela el mármol
De mí pálido rostro, de mí mismo
Me constituyo acusador. Vasallo
Fiel me cree y amigo. Carguen otros
El mal de que me libra mi buen hado.
Al despuntar el día se proponen
Salir de la ciudad, y á campo raso
Comprometerse en general batalla.
Y Escobedo lo ignora. Es necesario
Ponerlo en su noticia, y antes que ellos
Ataquen, á atacar determinarlo.

Del primero que ataque es la victoria.
Voy al punto. Más ¿quién me sale al paso.....?
Es Miramón cuyo fatal encuentro
Ya no podré evitar. ¡Pagarás caro

[*Apostrofando*]

“Oh Monarca de un día” de la banda,
De general haberme despojado!
¡Ya dirás; y dirás con más justicia
Más adelante, que del yankee traigo
La consigna en el alma, si consiente
El contraguerrillero de otros años
En que el autor de su deshonra viva;
Si antes del pecho el alma no le arranco.
Mas se acerca. Parece que á sus ojos
Es mi cuerpo tan diáfano y tan claro,
Como el cristal, y que á leer alcanza
Los íntimos secretos que aquí guardo
(*Señalando el corazón*)

Disimulemos.

ESCENA SEGUNDA

MIRAMON, LOPEZ.

MIRAMON.

(*Con asombro*)

(¡Lopez. A tal hora

Y en este sitio! Si del Soberano
No temiese incurrir en el disgusto
Aquí yo mismo lo aprehendiera.)

(*Dirigiéndose a López*)

Extraño,

Y mucho me parece, veros lejos
Del punto á vuestra guarda confiado,
A otros corresponde la custodia
Y la seguridad de este Palacio.

LOPEZ.

Mi gran solicitud hacia el Monarca
¿Os enoja?

MIRAMON.

¿A mí? no; pero no aplaudo
Que la tengais menor hácia el primero
De los altos deberes del soldado,
En campaña un descuido es casi un crimen;
Y un jefe que ser tiene como esclavo
Del sitio en que deber y honor lo ponen.
La guerra y el azar se dan la mano

LOPEZ.

Teneis razón. Hablais como entendido,
Prudente General; mas sin embargo,
Creo que el sitiador tras la derrota
En lo que menos piensa es en asaltos.

MIRAMON.

En franca y buena lid, pero no sólo
Una ciudad se toma peleando.
No. Suponed que alguno de los nuestros
De alma abyecta y corazón villano.

(Con intención)

Se concierte con él, para entregarle
La que hoy le disputamos palmo á palmo.
[¡Se inmuta!]

74

LOPEZ.
[Tiemblo] ¿Me deciais?

MIRAMON.

Nada

Que pueda en tal extremo demudaros.
Es un supuesto.....

LOPEZ.

(Con disimulo)

Sí, que de mi falta
La inmensa gravedad me pone en claro,
Y por esto notasteis.....

MIRAMON.

(Sí, nos vende.....)

Yo le voy á matar.....pero.....¿qué hago?)

LOPEZ.

Me retiro, Señor.

MIRAMON.

Partid.

LOPEZ.

Espero

No merecer ya más de vuestro labio
Extrañamiento alguno en el servicio.
Será la última vez.....

(Con intención)

MIRAMON.

[El insensato
Parece que se burla.....] ¿Todavía

No recibís las órdenes que acabo
De expedir hace poco. Su observancia
Puntual os encarezco y os encargo.

LOPEZ.

Recibí la en que haceis saber á toda
La guarnición el hecho extraordinario
Que la ciudad refiere con asombro,
De haberos conferido el régio mando
El buen Monarca, en merecido premio
De no sé que servicios olvidados,
Más no recibo aún la en que supongo
Se me dice á qué punto mi bizarro
Cuerpo he de conducir, en el combate
Que llevareis de la ciudad al campo,
Al despuntar el día de mañana

MIRAMON.

(¡Ya lo sabe! Que entienda que he cambiado
De planes, aconseja la prudencia.)

(Dirigiénaose á López)

No hablaba de esa orden que pensando
Ligeramente dí, sino de otra
En que el combate á que aludís aplazo.

LOPEZ.

(No dice la verdad. Probemos) Nunca
Fuera más oportuno á los contrarios
Atacar, creo yo, que en los momentos,
En que víctimas son de terror pánico.

MIRAMON.

Sería peligroso á la pelea
Provocar con ejército, aunque bravo,

Rendido de fatiga; lo prudente
Es templar su valor con el descanso.

LOPEZ.

(Que lo sepa Escobedo: ya supuesto,
O cierto sea el repentino cambio
De planes.) Son de peso las razones
(A Miramón)

Que tal resolución os inspiraron.
Adios, mi General, En el servicio
Seré, no lo dudeis, el más exacto,
(Con ironía)

ESCENA TERCERA

MIRAMON LUEGO UN OFICIAL.
MIRAMON.

¡Miserable! Es forzoso cuando menos
Cerca de mí ponerlo.
(Toca un timbre y sale un oficial)

AYUDANTE.

¿Habeis llamado,
General?

MIRAMON.

Sí; escribid.

AYUDANTE.

Pues ya os escucho
(Sentándose y preparándose á escribir)

77

MIRAMON.

(*Dictando*)

“En recibiendo aquesta, sin retardo,
Id al Convento de la Cruz, y al Jefe
Que allí manda exigidle que en el acto
El punto entregue.”

AYUDANTE.

Terminé.

MIRAMON.

Otro pliego

Y escribid, porque el tiempo paso á paso
Se precipita.

AYUDANTE.

Bien.

MIRAMON.

(*Dictando.*)

“Tan luego como
El General á quien la guarda encargo
De ese punto, con mi orden se os presente,
Coronel, entregadle tropa y mando,
Y á mí venid, sin pérdida de tiempo,
Pues que sois á mi lado necesario.”

AYUDANTE.

¿La dirección, Señor?

MIRMAON.

De la primera,

Al General Mejía, y al graduado
Coronel Miguel López, la de la última,
Y partid á llevarlas.

IO

78

“AYUDNTE.

Señor, parto.

[*Se va el ayudante*]

ESCENA CUARTA.

MIRAMON Y LUEGO MAXIMILIANO.

Fué necesaria la medida. Ahora
Veo á su majestad, del traidor le hablo,
Y le convenzo al fin..... Mas aquí viene

(*Maximiliano aparece como lo pinia Miramón en los siguientes versos.*)

Lleno de agitación y sobresalto,
Terribles emociones lo combaten;
Tiene su faz la palidez del mármol,
Y sus azules ojos centellean
Con siniestro fulgor que pone espanto
[*Dirigiéndose a Maximiliano.*]
¿Qué os apena, Señor?

MAXIMILIANO.

Amigo mío,
Notais mi turbación.

MIRAMON.

El rostro hallo
Sin la serenidad que de costumbre
¿Que os pasa?

MAXIMILIANO.

No lo sé, pero contrario
Todo en mi mal ahora se levanta.

El mismo dulce sueño, en cuyos brazos
El bienestar nos mece, y los dolores
Deponen su aguijón, el sueño grato
Reparador de las vitales fuerzas
Que gastan la fatiga y el trabajo;
El sueño que, se dice, ser imagen
De la muerte; y del triste, sin embargo,
Multiplica los años, con horribles
Espectros y fantasmas funerarios
Mi espíritu perturba, con fantasmas
Y espectros, ¡ay! que significan algo.
Los sueños son avisos celestiales.
Por ellos nos ponemos en contacto
Con seres superiores, para quienes
No hay verdadero tiempo, ni hay espacios;
Y, amigo, todavía la memoria
Del singular que de tener acabo
Me estremece de horror.....

MIRAMON.

Señor, los sueños
Son nada más un caprichoso cuadro
Que forma la nocturna fantasía
De las cosas que más le impresionaron
Durante la vigilia, su pasmosa
Confusa variedad desfigurando
Hasta no poder ya reconocerlas.

MAXIMLIANO

Son de mi sueño los detalles raros.

MIRAMON,

Más tranquilo debéis estar entonces,
Pues cuando á lo que vemos ó pensamos

El sueño corresponde, muy bien puede
Ocultarse en las sombras del presagio
Alguna previsión del alma activa,
Que, dormida, no cesa en sus trabajos.

MAXIMILIANO,

Mi sueño debe ser seguro anuncio
De terribles sucesos no lejanos,
Pues siente el alma su verdad. Oídlo
Cuando iban por el cuerpo fatigado
Difundiendo las sombras su beleño,
Entre los esplendores del más claro
Sol que jamás brilló, la dulce esposa
Se me muestra con todos sus encantos,
Llena de amor, resplandeciente en gracias
Y coronada de azahares blancos,
Como el día feliz en que, de hinojos
Puesta del templo en el sagrado mármol,
Premió mi amante fuego con el suyo.
Ya junto á mí, con el acento blando
De recién desposada, y por la parte
De Occidente apuntando hacia el Atlántico
Que á navegar tranquilo convidaba,
Me dijo: "Allá nos llaman, vamos".
Y en honda nave que el vapor empuje
Con mayor rapidez que la del rayo,
Pone el pie. Yo la sigo, como dicen,
Que en verjel de jacintos y de nardos
Sigue el son de la flauta la serpiente.
El hilo de metal que con abrazo
Estrecho une de América y Europa
Los continentes antes separados,
No conduce más presto el pensamiento
Al cielo donde gira el último astro

Que la ligera voladora nave,
Desde el hermoso Miramar, al ancho
Bello Golfo de México. Ya en tierra,
Innumerable pueblo á nuestro paso
Regocijado sale, y el camino
Riega con flores y con verdes ramos:
Por todas partes gratas armonías
Agitan dulcemente los espacios,
Y el oído deleitan bendiciones,
Y ovaciones y vítores y aplausos.
Por donde quiera miran nuestros ojos,
En un contorno de infinito rádio,
Inscripciones, emblemas y trofeos,
Y colgaduras y triunfales arcos,
Y corazones por amor cautivos,
Y rostros radiantes de entusiasmo.
Todo aquesto en señal de que su suerte
Y porvenir y honra en nuestras manos
Una nación ponía poderosa,
Un opulento imperio dilatado.
Mas de súbito tantas claridades
Se tornan ¡oh recuerdo funerario!
En los horrores de profunda noche
Que no consiente en sus dominios astros,
Y las voces de júbilo, en silencio
Que hiela de pavor y pone espanto
En los más animosos corazones.
Sobrecogido del horrendo caso,
Los dulces ojos de la esposa busco;
Y ni á la esposa, ni sus ojos hallo,
Desesperado, pido á las tinieblas
El tesoro gentil que me robaron;
Y las tinieblas, que de mí se apiadan,
Ver me permiten ¿cómo? no lo alcanzo,

Pues luna, ni luceros resplandecen,
A través de sus sombras negro cuadro,
Horrorosa visión Allá á lo lejos,
A una distancia igual á la que el Tauro
Separa de los Andes, ví á la augusta
Consorte; mas ¡cuán otra, cielo santo!
El bello rostro, envidia de la rosa,
Parece de marfil ó de alabastro;
Los ojos expresivos y vivaces
Giran en torno lánguidos y vagos.
Los cabellos, suaves como seda,
Con la aspereza rústica del cardo
Se erizan en la frente. Muchedumbre
La rodea de bárbaros sicarios,
Que llevan en su pecho, por insignias,
Secas flores de lis, hechas pedazos.
Y, lanzando ruidosas carcajadas,
La befan y la ultrajan con escarnio,
Y á grandes voces gritan: “Está loca
La Emperatriz con cetro y sin vasallos.”
Quiero vengarla de esos miserables;
Pero siento los pies encadenados
Y las manos inmóviles. El rostro
Atrás vuelvo, de ira centellando,
Para que al menos de los ojos huya
Lo que no puede castigar el brazo,
Y diviso cercana una colina
En cuya cumbre, como en el Calvario,
Tres víctimas inmolan: tres, amigo,
Más que de nadie, conocidas de ambos!

MIRAMON.

¡Me hace estremecer!) Sí; ciertamente

Vuestro sueño es horrible, extraordinario,
Mas no real, Señor, ni verdadero.

MAXIMILIANO.

¡Ah! no, no puede ser un juego vano
De febril fantasía, sino clara
Señal de algo funesto.....tristede algo.....

MIRAMON.

No lo creais, Señor.

MAXIMILIANO.

Y ¿por qué causa?
De las aves que se aman, en el campo,
¿No es la suerte común? Cuando yo apuro
Una copa fatal, cáliz amargo
Ella debe apurar. A mí me queda
De morir el consuelo, peleando
Por la patria; pero á ella.....triste vida
Que llevar en eterno desamparo.

MIRAMON.

Ya la verdad que abismos esclarece,
Las apariencias del nocturno engaño
Disipará. Entretanto no es prudente
El combate olvidar.

MAXIMILIANO.

¿Quien olvidarlo
Imaginara nunca? Lucharemos
Contra el mismo destino sin descanso.
A propósito ¿qué de los traidores,
O del traidor habeis averiguado?

MIRAMON.

A no ser López el traidor, ninguno
Es capaz de venderos.

MAXIMILIANO

¿Pero datos
Indudables teneis? porque..... sospechas
De la justicia no armarán el brazo.
De su adhesión á mí pruebas abundan.

MIRAMON.

Datos como la luz, Señor, no hallo.
Pera crímenes, hijos de las sombras,
La luz no fué creada, mas descanso
En la conciencia que me dice, en voces
Que rinden la razón: "Ese que al Anglo
Sajón vendió su patria en triste día,
Ese, vende á su amigo y Soberano
Que le abrumó de gracias y de honores.
Ese que indigno del generalato,
Y, ya para ceñir la verde insignia,
Se ve con rabia de ella despojado,
Y no huye de la tierra, y se pasea
Por las calles y plazas con descaro,
Ese abriga proyectos de venganza,
Y ha de vengarse del que, en justo fallo
Mandó berrar su nombre del registro
En que le había puesto augusta mano.
Ese que la mirada no sostiene
Cuando *traición* pronunció por acaso,
Baja los ojos, se demuda y tiembla,
Como vil can, si lo amenaza el amo,
Es el traidor sin duda. Su presente
Lo acusa, y lo condena su pasado.

85

MAXIMILIANO.

Casi me persuadís..... pues aprehendedlo
Mas no..... .. esperad pensemos.....
(*Vacilando*)

MIRAMON.

(*Fluctuando*

Siempre.) Señor, y mientras de sus redes
Acaba de anudar el postrer lazo.

MAXIMILIANO.

Pero.....si no es posible que así pague
A quien le hizo beneficios tantos,
A quien al cielo del honor y al templo
De la gloria lo alzara desde el fango,
Sólo monstruo.....

MIRAMON.

Son monstruos los traidores.

Hay más. Conforme á los rumores vagos
Que han alarmado á la ciudad, unidos
A lo que cuenta el capitán Fernando,
Por la parte del Sur comanda el gefe
Que nos vende. ¿Quién puede ser? ¿Acaso
Méndez el impertérito, que nunca
Dió á enemigo cuartel? ¿Mejía el bravo,
Intransigente defensor del orden.
O Castillo el leal, Castillo el sabio?

MAXIMILIANO.

Ellos no..... ..

MIRAMON.

Pues no queda en ese rumbo
Otro que pueda ser, sino el villano

II

Que la espada esgrimió contra la patria
Acometida por el *yankee*; el bajo
Que no huye de las filas que lo arrojan
Por indigno; el de ánimo menguado,
Que á la voz de *traición* tiembla y humilla
La frente criminal; él, el ingrato
Que venderá á su bienhechor

MAXIMILIANO.

No debo,
General, insistir más en salvarlo;
Tal vez culpable sea, lo abandono
A vuestra discreción. Taneis el mando
Y sabreis ejercerlo con justicia.
Si inocente, absodvedlo; condenado,
Si resulta traidor.

MIRAMON.

Aunque no puede
Causar á la ciudad en riesgo, daño;
Porque en estos momentos ya de tropa
No podrá disponer, yo mismo parto
A ordenar su prisión. Mientras os suplico
Que os entregéis al sueño y al descanso.
La bélica labor exige cuerpos
En la calor del lecho confortados.
Teneis tres horas todavía. No os turben
Del sueño los aéreos simulacros,
Ni sus vanos fantasmas y mentidas
Imágenes de horror. Señor, no tardo
En volver, para ya no separarme
De vos. En el combate á vuestro lado
Estaré, vencedores ó vencidos.

[*Se va.*]

ESCENA QUINTA.

MAXIMILIANO.

¡Olvidar! Fácil es aconsejarlo.
¿Cómo mejor por compasión no quitan
A mi alma el pensamiento? Pues en tanto
Fijo esté en los objetos que le muestren
El pavoroso sueño, veré claro
Que todo es cierto, como veo ahora
Esa luz moribunda, y como palpo

[*Pasándose la mano por la frente.*]

Esta frente de fuego, sudor frío
Por los abiertos poros chorreando.....
Y sufriré martirio atroz. Escucho
Todavía los gritos insensatos
Que dicen: “Está loca;” y “está loca”
Repite, en ecos mil, el aire vano.

ESCENA SEXTA.

MAXIMILIANO, CONDE.

CONDE.

[¡Ya sabe que está loca!] ¿Y quien la triste
Noticia se atrevió, Señor á daros?

MAXIMILIANO.

¡Desdichado de mí! ¿Qué decis, Conde?
¿Oyéndolo no estoy de vuestro labio?
¡Dios mío! ¿Con que es cierta su locura?

[*Con amargura.*]

¿Y fué mi sueño de verdad presagio?

88

CONDE.

¡Qué hice en mi torpeza!

MAXIMILIANO

Declararme

Lo que debisteis antes.

CONDE.

Con un rayo

Temí heriros.

MAXIMILIANO,

¿Y qué si me matareis?

La triste realidad al desgraciado
Aplase más que la halagüeña duda,
Y de ilusión el pasajero encanto.

CONDE.

[Tal vez, por nuevo medio, la divina
Providencia lo escude con su amparo.
Parece inspiración la nueva idea
Que me sugiere el modo de salvarlo.]

MAXIMILIANO.

¡Abrete corazón al sufrimiento!
Empero, Conde, ¿del horrible caso
No me hablais?

CONDE.

¿Lo quereis, Señor? Oidme
Heriré vuestro pecho con un dardo
Agudo y lleno de mortal ponzoña,
Del tercer Bonaparte recordando
La impiedad y la negra felonía.

La augusta Emperatriz, que al mundo trajo,
Con la dote de célicas virtudes,
Un corazón, en sentimientos alto,
Al veros rodeado de peligros
Ingentes, de ellos pretendió libraros,
Como vos lo sabeis; y á París parte,
Y llega y entra al imperial palacio,
Pensando que el cadáver que allí reina
Es capaz de moverse á los reclamos
De la justicia y del honor. Le habla
De cumplir las promesas de su pacto,
Con varonil acento y energía,
Pidiendo que las tropas que el Atlántico
Surcan ya rumbo á Europa, luego tornen
A México las proas, donde á cabo,
Según régias palabras que no olvidan
Los pueblos que una vez las escucharon,
*Han de llevar la empresa mas gloriosa
De las que harán honor á su reinado.*
Le habla de lealtad blasón augusto
De San Luis, Clodoveo y Carlo Magno;
Y él altivo responde: “Que perezcan
México y cuanto en él teneis de caro:
Que se pierda el honor de Francia y mío,
Con tal de que mi trono quede á salvo.
Las tropas no regresarán, Señora.
A la justicia, la razón de Estado
Es siempre superior.” Cuando esto escucha
Y vé que, Emperador, la fé del pacto
Rompe y, mal caballero, pisotea
Las leyes del honor, de pudor falto,
Horrorizada de bajeza tanta,
Y la suerte fatal considerando
Que le espera al amor de sus amores,

Terrible maldición trueno en sus labios,
Y luego una estridente carcajada....
¡Estaba loca ya!

MAXIMILIANO.

¡Desventurado!
¡Y vivo! ¡Y como ella no enloquezco!
¡Pudiera al menos en su desamparo
Acompañar á la adorada mía!

CONDE.

(Ayúdame en mi empresa, ¡cielo santo!
Pues me abren el camino sus palabras.)
Más vuestra Majestad pudiera.....

MAXIMILIANO,

¿Acaso
Volverla á la razón?

CONDE.

Precisamente.
No en valde Dios del sueño en los presagios
Os mostró vuestra grande desventura,
Ni en valde permitió que yo al engaño
Culto rindiese. Y es que bondadoso
El os quiere salvar. Señor, los sabios
Alienistas, lumbreras de la ciencia,
Aseguran unánimes que un cambio
Favorable obrará en la augusta esposa
Vuestra sola preseneia, suscitando
En su espíritu súbitos afectos
Y memorias dulcísimas. ¡Partamos
(*Suplicante*)
A donde está, Señor!

91

MAXIMILIANO.

Partir me impiden
Estos muros, y luego el Oceano.

CONDE.

Si abdicais el poder, el enemigo
Tengo certeza de ello, á vuestro paso
No se opondrá. De vos, Señor, depende.

MAXIMILIANO.

¡De mí!... ¿de mí, decis?... ¡de mí, ¡insensato!
Tentador de afligidos corazones
Y de honras sin mancilla! ¡atrás, ¡bastardo
Consejero de infamias, ¡atrás!..... Ella
[Haciendo pausa.]
No querrá que yo viva deshonrado.

CONDE.

¡Señor!

MAXIMILIANO.

Mas si violentas sacudidas
De ánimo vuelven la razón, lejano
No está el momento en que la muerte deje
El cuerpo inmóvil, y de sangre exhausto
El corazón. Entonces á la tierra
Mis restos no confieis. Embalsamadlos,
Y llevadle ese fúnebre presente,
Póstumo don de quien amara tanto,
Y de quien fuera amada hasta el delirio,
Y ya vereis, amigo, que de su alto
Espíritu intrincada la maraña
Desenreda mejor el triste caso
De mi muerte, que el vil de mi deshonra.

92

CONDE.

[*Con desconsuelo*]

[¡Ah! no tengo poder, ¡Dios soberano
Para salvarlo del abismo! á donde
Se arroja sin horror.] Pero ¿qué raro
Rumor de voces oigo?

[*Se deja oír un rumor cada instante más cercano*]

Me parece

Oír también insólitos disparos
De fusil ¿Escuchais?

MAXIMILIANO.

Si los escucho.

¿Qué podrá ser?

CONDE.

Con tumultuoso paso

Se dirigen aquí.

MAXIMILIANO.

(*Ciñéndose la espada*)

La cortadora
Espada ceñiré; y á saber vamos
La causa de la alarma y del ruido.
En el mar no temí del italiano
Las naves que, cual nubes encendidas
En rededor lanzaban igneos rayos
De muerte; y aquí tiemblo. ¡Falaz sueño!
¡Vana superstición! Id á los antros
Donde soleis morar. Dejadme libre.

93

ESCENA SEPTIMA.

DICHOS Y UN JEFE REPUBLICANO ALFREÑTE
DE UNA COMPANIA,
QUE LES DETIENE EL PASO AL INTENTAR SALIR.

CONDE [*Asomándose.*]
Aquestos uniformes ¡cielo santo!
Son los que viste la enemiga tropa.
¡Ya todo se perdió!.....

MAXIMILIANO.
No fué un engaño
La traición. A morir estoy resuelto.

GEFE REPUBLICANO.
¡Alto ahí! ¿Quién sois vos?

MAXIMILIANO,
[*Con entereza.*]
Maximiliano.

GEFE REPUBLICANO.
Rendid la espada.

MAXIMILIANO.
Dadme vuestro nombre,
O no la rendiré.

CONDE.
¡Señor!.....

GEFE REPUBLICANO.
Me llamo
No os importa mi nombre.

12

94

MAXIMILIANO.

Pues primero

Me arrancareis la vida. _____

ESCENA OCTAVA.

DICHOS; MARIA Y LA PRINCESA DE SALM SALM,
(*que entran precipitadamente.*)

MARIA.

Al fin os hallo.

Mas, ¿dónde, dónde, está mi dulce esposo?

CONDE.

Tal vez va tras la muerte peleando.

MARIA.

[*Arrojándose por enmedio de los soldados, que le abren paso.*]

Paso á una desgraciada.

PRINCESA [*Imitándola.*]

¡Atrás, alevés!

Paso al Emperador Maximiliano,

(*El buen éxito del final de esta escena, depende de los actores. Su desempeño ha de ser rápido. Apenas pase María por enmedio de los soldados, al decir la Princesa: "¡Atrás alevés!" etc. Se colocará tras de María Maximiliano, que seguirá el camino que tomó aquella, con la espada desenvainada.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

ESCOBEDO, FERNANDO, LOPEZ.

ESCOBEDO.

Estoy contento, en los anales patrios
Mi nombre brillará. Grande, completa
Fué la victoria. La ciudad es mía,
Quedó de un golpe la imperial caterva,
Que peleaba por el Archiduque,
En sus mismos cuarteles prisionera.
El y sus principales generales
Del consejo de guerra la sentencia
Sabrán hoy, la sentencia rigurosa
Que al último suplicio los condena.
Ejecutada, morirán, y junto
Con ellos, morirá también la idea
Monárquica; y el bando reaccionario
Quedará sin caudillos ni bandera.

96

LÓPEZ.

A pocos, General, les acontece
Lo que á vos. Cuanto vió la inteligencia
Tanto puso el valor y el arte en obra.

FERNANDO.

[¡Qué indignidad!]

ESCOBEDO.

De cierto, en la manera
Que imaginé, las cosas sucedieron,
Salvo del fiero Méndez la funesta
Fuga, y el rudo ataque temerario
De Miramón, que abrirse paso intenta,
En su desesperación, por un reducto,
Acosando nomás con la docena
De su Estado Mayor y de su escolta
A un batallón entero en alta fuerza;
Salvo no haber logrado que la espada
En su mismo palacio me rindiera
El Archiduque, gracias al extraño
Aturdimiento de los cien, que mientras
Llegaba yo, vinieron á guardarle
De su mansión las mal seguras puertas.
En esta vez rindió tributo al sueño
Mejía, el vigilante centinela
Que en campaña jamás fué sorprendido,
Ni vencido en ciudad, campo ni sierra.
Ya no será terror de los que corren
Prófugos del lugar de la pelea,
Ni volverá á botar la fuerte lanza
De rayos haz, en su terrible diestra.
Mas, López, os llamé para ordenaros
(*Dirigiéndose á López.*)

Que al mayor general hagais entrega
De los soldados que mandais.

LOPEZ.

[¡Qué escucho!]

Pero.....

ESCOBEDO.

¡Qué! ¿vacilais?

LOPEZ.

¿Y la promesa

De que mando y honores mantendría?

ESCOBEDO.

Sobre ella están las leyes de la guerra.

FERNANDO.

[¡Justo castigo de su infamia!]

LOPEZ.

Al menos

Os librareis de una sagrada deuda,

Entregándome parte del mezquino

Precio de vuestro triunfo, y recompensa

De mi labor.

FERNANADO.

(Las treinta águilas cobra,

En que á su amo vendió)

ESCOBEDO [*Con ironia.*]

¿De la honra vuestra

El precio reclamais? Lo creo justo;

Pero sus arcas el gobierno cierra.

98

LOPEZ.

¿Y nuestros pactos?

ESCOBEDO.

O los desconoce,
O darles cumplimiento se reserva.

LOPEZ.

¡O furor!

ESCOBEDO,

No teniendo que deciros.....

LOPEZ.

Es inútil aquí ya mi presencia.
¡Oh esperanza perdida! ¡Vergonzosa
Humillación!

[*Se va.*]

FERNANDO.

(El justo cielo empieza
A castigar su crimen.)

ESCENA SEGUNDA.

ESCOBEDO, FERNANDO, (*y al fin un ayudante.*)

ESCOBEDO.

El gobierno
En vos se ocupa de otra suerte. Os premia
Las proezas de ayer, aunque vencido
Por fuerza superior, en la pelea.
Os hace Coronel.

99

FERNANDO.
Gracias.

ESCOBEDO.

Ahora,

Después de recibir mi enhorabuena,
Guardia de este palacio os constituyo.
Del acre trato y rústica aspereza
Del gefe que lo es, los prisioneros
Con razón ó sin ella se lamentan.
¿Y quién mejor que vos, cabal dechado
De cortesía y tipo de nobleza,
Hacerles olvidar podrá en instantes
La razón ó el pretexto de sus quejas?

FERNANDO.

Nunca se me confió ni más honroso
Encargo, ni atención más lisonjera.

ESCOBEDO.

Me huelgo de que os plazca. Mas ¡cuidado!
Con que los reos hallen una puerta
Sin ojos y sin brazos, y se escapen.
¡Os costará de fijo la cabeza!

FERNANDO.

Sé y haré mi deber.

ESCOBEDO.

Saber importa
Que, aunque como antes en prisión estrecha
Los reos seguirán; no es absoluta
Desde hoy la prohibición de que los vean.
Verlos podrán de Miramón la esposa,

100

Sus hijos y de Salm Salm la Princesa;
El Doctor á quien pida, si lo pide
Mejía, cuyos males se exacervan,
Según voz general de sus amigos.
Verlos podrán también los que dependan
Del Consejo de guerra que los juzga;
Y nadie, Coronel, fuera de aquestas
Personas, sin mi orden, sello y firma.

FERNANDO.

Está bien

ESCOBEDO.

Pues gozad en la tarea
De hacer á vuestros caros prisioneros
La triste situación, de que se quejan,
Más tolerable.

FERNANDO.

Bien, Señor, merecen
Se les trate con menos aspereza,
Y aun con dulzura, General. Es honra
Del vencedor obrar de esa manera,

AYUDANTE [*A Escobedo.*]

Esta carta que dicen es urgente

ESCOBEDO.

(*Después de haber leído para sí.*)

Me dicen, y no firman, que no es cierta
La voz que, sobre Méndez ha corrido,
De haber salido de la plaza. Señas
Del sitio se me dan donde se oculta.
¡Pronto será de mis soldados presa!

101

Si dan con él, sin forma de proceso
Lo mando fusilar. Harto severa
Con quien se burla de ella, la justicia
Tiene que ser.

FERNANDO.

(Como á rabiosa béstia
Lo matará.) ¿Partis?

ESCOBEDO.

Adios; sí, parto
A disponer que al punto se le aprehenda.

(Se va por la puerta de la derecha; y por la del fondo salen Maximiliano y el Conde.)

ESCENA TERCERA.

MAXIMILIANO, CONDE.

MAXIMILIANO.

¡Conde, es horroroso, sobre todo
Horror lo que nos pasa! Hoy en estrecha
Prisión los que soñamos ayer triunfos.
Y lo pude evitar..... ¡Fatal ceguera!.....
Mas tarda Miramón

CONDE.

Hoy, se prolonga
Del Consejo de guerra la audiencia.

MAXIMILIANO.

Se empeñó en asistir á pesar mío.

CONDE.

Gran confianza tiene en la defensa
De vuestros abogados.

13

MAXIMILIANO.

Se equivoca.

Donde justicia y rectitud no reinan,
Del abogado la palabra es vana,
Y, de la sociedad en la maltrecha
Máquina, tan sublime sacerdocio
Una rueda de más, inútil rueda.
Víctimas necesita la República,
Y en nosotros daránselas sangrientas,
Sujetos á consigna nuestros jueces.

CONDE.

Más confianza tengo en la influencia
Que ejercerá en el ánimo de Juárez
Y sus ministros todos, la nota esa,
Recibida en San Luis, de los Estados
Unidos; pues, según dicen, en ella
Templanza en los castigos, y en el triunfo
Sóbria moderación se recomienda,
A nombre de la humanidad, y á nombre
De las intituciones que veneran;
Y recomendación de ese gobierno
A mandato equivale en esta tierra.

MAXIMILIANO.

¡Los Estados Unidos, caro Conde,
Los Estados Unidos son y han sido
La perfidia británica en América!
Tarde lo conocí, pero es lo cierto.
Esa nota decir quiere á la letra:
“Matad, matad sin miramiento alguno
A personas, ni á fueros, ni á grandezas,
Que nosotros lavámosnos las manos
Ante los pueblos cultos.”

103

CONDE.

¡Qué bajaza!

MAXIMILIANO.

Nos matarán, nos matarán en aras
De Monroe que, ya muerto, nos condena.

CONDE.

No habéis así. Vivís, y del que vive
(Suplicante.)
Es la esperanza siempre compañera.

MAXIMILIANO.

Piensen hacerme mal dándome muerte;
Y ¡vive Dios! que tal pensando yerran.
¿Querré vivir vencido y humillado,
Fábula siendo de villanas lenguas?
La muerte es mi prestigio y es mi gloria.
¿Querré vivir cuando mi esposa bella
Ha muerto para mí con la locura,
Para morir en cada vez que vea
Que ni siente mi amor, ni me conoce?
¡Vivir! ¡ah! no, ¡morir sólo me queda!
[Permanecen meditabundos.]

ESCENA QUINTA.

DICHOS Y LOPEZ.

[Aquellos sin notar la presencia de López hasta que lo indica el verso.]

LOPEZ.

(Aquí está. Pasaré por prisionero
En el mismo lugar. Dudo que sepa
Que de su ruina he sido yo la causa.

Contando con su afecto, al verse cerca
De la muerte, tal vez haga heredero
Al hijo mío á quien con pompa régia
Se dignó apadrinar, cuando las aguas
Del bautismo bañaron su cabeza.
Pague magnánimo él, de mis servicios
Al vencedor, la defraudada deuda.)
Señor.....

MAXIMILIANO (*Al Conde,*
volviendo el rostro al lado opuesto á López.)
Conde, ¡qué horror!

CONDE.
¡López! ¡infame!

LOPEZ [*Confuso.*]
(De mí aparta los ojos.).....

MAXIMILIANO.

Conde, apenas
Dejo la triste alcoba, procurando
Distraer mi dolor, se me presenta
Algo que mi quietud perturba, algo
Que..... agotara de un ángel la paciencia.
Vámonos.....

LOPEZ.
[*Se adelanta frente al Emperador, en actitud
de súplica, y como arrodillándose.*]

CONDE.

Ni de rodillas
Al traidor se le escucha, cuando befa
Hace del bienhechor. ¡Atrás ingrato!

105

LOPEZ.

¿Yo traidor? (¡Ya lo sabe!) ¿Yo? ¿y la pena
Sufro que todos los vencidos sufren?
¿Yo traidor? ¿Y la muerte se me espera?

CONDE.

Hipócrita, mentís. Ya nadie ignora
Vuestra bárbara acción, vuestra vileza.
Si alguno la ignorara, del secreto
Lo harían sabedor las mismas piedras.

LOPEZ.

¡Magestad!..... ¿Pero nada me responde?

CONDE.

Te responde por mí, ¡que te desprecia!

LOPEZ.

Me desprecia, ¡oh baldón! ¿Toda esperanza
Ha muerto para mi?.....

CONDE.

Tan sólo os queda
[*Al salir.*]

En la horca, la de Judas.

[*Se van Maximiliano y el Conde.*]

ESCENA QUINTA.

LOPEZ (*Con espanto.*)

¿Qué le he oído

Proferir?..... ¡Mi esperanza postrimera,
Es la de Judas!... la horca.... mas;... me falta,
Valor para imitarlo. Entonces..... venga

La muerte de otra mano que la mía.
No..... Viviré como Caín maldito
En negra soledad. Lejos de todos
Iré á buscar abrigo en las tinieblas
De eterno deshonor. Ya reconozco
¡Oh cielo! tus venganzas. La cabeza
Al fin he de humillar.....

[*Se oye ruido lejano como de soldados que marchan.*]

¡Vienen!

¡Me vienen.

A matar! ¡Oh furor!

(*Con creciente terror, y forcejando por abrir la puerta, que al principio se resiste, y por último cede, á su empuje.*)

¡Trágame tierra!

ESCENA SEXTA.

MIRAMON.

(*Llega conducido por una patrulla que lo deja á la puerta, y se retira; luego entra María.*)

MIRAMON.

Se dieron un abrazo en el Consejo
La verdad, la justicia y la elocuencia;
Y no obstante seremos condenados
Contra el poder de aquella triple fuerza.
Leí la muerte en sus feroces ojos.

MARIA (*Abrazando á Miramón.*)
¡Miguel!

107

MIRAMON.
¡María!

MARIA.

¡Esposo mío! deja,
Deja que me convenza de que existes
Como ayer existías, de que alientas;
De que no te mataron los cobardes
Que hirieron ese rostro, donde sueña
Mil sueños el amor. Deja que toque
Esta frente que el genio de la guerra
[*Tocándole la frente.*]
Ciñó con su aureola, y que te estreche
Contra mi corazón, mi sol, mi estrella,
Alma de mi alma, vida de mi vida.

MIRAMON.

¡María! ¡mi María! dulce prenda
De mi felicidad, al fin te veo
Después de la fatal hora funesta
De la traición. Mi bien, hoy más que nunca
Conozco cuán crecida, cuán inmensa
Es la ternura de tu amor, cuán grande
La llama que por tí me abrasa y quema;
Hoy que van á romper el santo lazo
Que nos une, á quitarme una existencia
Que es tuya nada más y de mis hijos.

MARIA.

¡Oh! no te matarán en su fiereza,
O nos ha de matar el mismo golpe
A tí y á mi, y á ellos, la tremenda
Hora al sonar. Tu salvarás la vida,
No porque justo tribunal te absuelva,

Ni porque el vencedor te otorgue gracia;
Sino porque amistad á tiempo llega
En tu auxilio, abnegada y generosa.
Toma, mira, Miguel; lee, y te alegra,
Este papel, que romperé tan luego
Como su grato contenido leas.

[*Miramón toma el papel, y mientras lo lee, María refiere su contenido.*]

Ya lo ves. En la noche de hoy te espera
Un amigo en el parque, al pie del árbol,
Bajo cuya corona de hojas frescas,
Y á los pálidos rayos de la luna,
Que contemplaba vuestra grande empresa
Con el Emperador hablar solías
De las cosas tocantes á la guerra,
Cuando los sitiadores á las armas
Daban descanso y á la lucha treguas.

ESCENA SEPTIMA.

DICHOS Y MAXIMILIANO

(que aparece por la puerta del fondo, y se entera de lo que hablan; pero no se hace presente sino hasta que la escena lo indica.)

MARIA.

El promete salvarte, pues te debe
La vida; y en pagartela se empeña.

MIRAMON.

Eso dice, en efecto, y quien lo dice,
Nunca acción cometió villana y fea.
Pero..... noto que en mí solo se fija
Su agradecido anhelo. De manera

109

MARIA.

Por supuesto que en tí.

MIRAMON.

Pero no basta.

Aunque tantas bondades gratas sean
Siempre á mi corazón, si á los que sufren
Juntamente conmigo, se las niega,
Como parece, me hallo decidido
A no aceptar.

MARIA.

¡Qué dices! ¿que no aceptas?

MIRAMON.

Porque aceptar no debo, amada mía.
¿Tan ruín caballero considera
Al amigo, á quien tiende noble mano,
Que le juzga capaz de la bajeza
De abandonar cruel en su infortunio
Al monarca que alzara su bandera,
Y al compañero fiel; tan egoísta
Que, por un soplo más de los que alienta,
Al destino renuncie glorioso
De una suerte común?

MARIA.

¡Ah! tú desprecias

De salvación el único camino
Que te abren los cielos. Poderosas
È influentes personas se interesan
Por el Emperador, y salvaránlo.
Los Ministros de Austria, Italia y Bélgica
Toda su actividad en ello ponen:

14

110

Mejía con el valimiento cuenta
De Escobedo, así lo creen todos,
Y es natural creerlo. En otras guerras
Fué prisionero suyo varias veces,
Y le salvó la vida en todas ellas.
Y tú, desamparado en la desgracia,
¿Rehusas de amistad la noble ofrenda?

MIRAMON.

Nada conseguirán esos Ministros.
La muerte del Monarca está resuelta
Irrevocablemente; y Escobedo
De antiguos beneficios no se acuerda.
Lo hinche la victoria, y sobre todo
Su débil voluntad está sujeta
A otra voluntad que tiene hambre
De holocaustos y víctimas sangrientas.
Si fué igual nuestra suerte ayer dichosos,
¿Por qué, infelices hoy, será diversa?

MARIA.

¡Por tus hijos!..... ¡Por ellos!.....

MIRAMON.

¡Por mis hijos!.....
A esos ángeles puros de inocencia
No me nombres ¡por Dios! porque me siento
Sin valor y sin ánimo, y sin fuerzas.

MAXIMILIANO (*Haciéndose presente.*)

Por vuestros hijos, sí, deber sagrado.
Por vuestros hijos, sí, razón suprema.

III

MARIA Y MIRAMON.

¡Señor!

MAXIMILIANO.

Todo lo oí. Lucha terrible
Sosteneis, noble padre, madre tierna.
Irás, Señora, al parque; ireis, amigo;
(*Dirigiéndose alternativamente a María y á Miramón*)
Y hareis cuanto amistad os aconseja,
Sin cuidaros de mí, ni de Mejía.
Por los dos velará la Providencia.

MARIA (*Dirigiéndose á Maximiliano.*)

[¡Respiro!] ¡Como siempre, boudadoso!

MIRAMON.

Iré, mas para hablar á quien me afrenta
Con loable intención, é interesarlo
En que salve á los tres. Si no, que pierda
De una vez para siempre la esperanza
Qué abriga de saldar antigua deuda.

MARIA.

¡Pensamiento feliz que Dios inspira!
Sí; sí, lo alcanzarás de alma tan bella
Como debe de ser la del que escribe
Ese papel. Y ya que por la letra
Entendiste quien es, deja lo rompa.

[*Lo rompe.*]

Si en manos enemigas él cayera,
¡Cuánto mal á su autor no le avendría!

MAXIMILIANO.

Y Señora ¿cómo es que con sorpresa
En este sitio os vemos, custodiado
En torno, por feroces centinelas;
Y que os vemos sin sustos ni temores?

MIRAMON.

Es en efecto extraño, que aquí no entran,
Sino los que á reir del infortunio.
¿Y quién de la prisión te abrió las puertas?

MARIA.

Escobedo que, dócil á los ruegos
De no sé quién, de la ciudad entera,
Tuvo á bien franquearnos hoy la entrada
Con mis hijos á mí, y á la Princesa
(*Dirigiéndose á Maximiliano.*)
De Salm Salm, que de veros gran empeño
Tenía.

MIRAMON.

Y esa conducta me revela,
Señor, que nos conceden pocas horas;
Que de una carga, que les es molesta,
Pronto se desharán. Tal vez la cita
Al parque ya realizar no pueda.

MARIA.

El corazón, esposo, no taladres
Con tan tristes anuncios.

(*Llora.*)

MIRAMON.

Deja, deja
De vertir llanto inútil.

MAXIMILIANO (*A María.*)

Esperanza

Hay mientras no pronuncien la sentencia.

[*A Miramón.*]

¿Qué pensais del Consejo?

MIRAMON.

Que camina,

Como vos me decis, muy de priesa.

MARIA [*Con tristeza.*]

¡Y la pronunciarán!.....

MAXIMILIANO.

El odio anda,

Como el amor, en todo lo que intenta,

Diligente y solícito, aunque el uno

Al mal corre, y al bien el otro vuela.

[*Dirigiéndose á María.*]

¿Y la de Salm ignora todavía

La orden de Escobedo?

MARIA.

Manifiesta

Le fué; pero trabajos que presumo

A vuestra Magestad mucho interesan,

Venir conmigo le impidieron.

MAXIMILIANO.

Ella

Se complica tal vez en imposibles

Proyectos, pues jamás se desalienta.

De un esforzado capitán parece

Su grande corazón.

MARIA (*Viendo entrar á la Princesa.*)

Mas aquí llega.

ESCENA OCTAVA.

DICHOS Y LA PRINCESA DE SALM.

PRINCESA.

[*Saludando por el orden que indica el verso, a Maximiliano, María, y Miramón.*]

Señor, Amiga, General.

MAXIMILIANO.

Os guarde
El cielo. Mucho me temí, Princesa,
No recibir vuestra última visita.

PRINCESA.

No volveros á ver imposible era.
Si Escobedo no hubiese levantado
La incomunicación antes, resuelta
Estaba á veros ésta misma noche.
Salvar un alto muro, aunque lo cercan
Dobles guardias, es casi niñería
Para una firme voluntad.

MAXIMILIANO,

Y pruebas
Habeis dado. Saliendo de la plaza
Vuestro rápido paso no advirtieron.

PRINCESA.

No haber salido á tiempo verdadera
Desgracia fué. Si me anticipo una hora,
No sois de la traición ilustres presas.
Y lejos de esto, que me pone espanto,

Al enemigo pérfido vencierais
En la más gloriosa de las lides.
Mas que sepais á lo que vengo es fuerza.
Veros es gran placer, pero salvaros
Sería para mí dicha suprema.
Con palabras, con lágrimas, con oro
He logrado que un gefe, de influencia
Entre los republicanos, vuestra fuga
Con la tropa á sus órdenes proteja.
Hoy en las altas horas de la noche,
Cuando sean más densas las tinieblas,
Y el sueño á que conviden más profundo,
Un oficial os abrirá las puertas
De la prisión. "República y Victoria"
En su boca, serán el santo y seña.
El os conducirá rumbo del parque,
A la calle; y á mi y á una docena
De valientes armados, al arrimo
Encontrareis de las paredes negras
Que de ambos lados se alzan. De allí luego
En el mayor silencio y con cautela,
Iremos al cuartel, en donde el gefe
Con sus soldados listos nos espera.
El cuartel está casi en los suburbios,
Y por feliz casualidad muy cerca
De la garita, que será forzoso
Por asalto tomar ó por sorpresa.
Antes se os ha de unir el esforzado
General Méndez, quién aún se encuentra
En la ciudad oculto en una casa
Contigua.

MAXIMILIANO.

¡Qué decís! ¿Méndez, Princesa,
En salvo no se ha puesto todavía?

PRINCESA.

Lo ha detenido este proyecto. Piensa
Ser él quien mande el escuadrón, compuesto
De doscientos ginetes que á la sierra
Os habrá de internar, antes que el alba
De vuestra fuga al enemigo advierta.
Una vez internados, al abrigo
De sus fragosidades y asperezas,
Seguros estareis de todo riesgo.
Allí es el buen Mejía omnipotencia,
Que sobre mil heroicos bravos pechos,
Como divinidad antigua reina;
Y huestes no entrarán á sus dominios,
Si puesto en armas él, entrar les veda.
De allí fácil será pasar á Europa,
O dirigir las cosas de la guerra
Con fortuna mejor. De todos modos
Conservareis con honra la existencia;
Y el más vivo, Señor, de mis deseos,
De mis votos más santos en la tierra
El cielo me habrá dado ver cumplido.

MAXIMILIANO.

Gracias por tantos sacrificios. Era
Así, como pensaba, que obraríais.
Jamás imaginé que ante la horrenda
Desgracia desmayarais. Al contrario,
De vos temiendo estaba que anduvierais
Implicada en empresas peligrosas,
Como la que hoy vuestra esperanza alienta.
¿Mas tanta abnegación tendrá por fruto
Un éxito feliz? ¡Ah! Dios lo quiera,
Mas no lo siento aquí, (*Señalando el corazón.*)
[*Señalando la cabeza.*] ni acá lo pienso.

La historia de lo que ha pasado, presta
Motivos de dudar. Sobre nosotros
Su guadaña fatal la muerte cuelga
Con hebra, que á su peso prontamente
Ha de ceder, pues que resiste apenas.

PRINCESA.

Señor, sea lo que fuere, un crimen
Hubiera sido en mi la indiferencia,
Viendo de salvación un rayo solo.

MIRAMON.

Una heroína sois, noble Princesa,
Mas yo recibiría golpe rudo,
De los más rudos, en mi suerte adversa,
Si os aviniera mal en el empeño
Ingente de romper nuestras cadenas.
La cooperación del enemigo
Es peligrosa. No cofieis en ella.
Si en él la lealtad es insegura,
En vos la confianza es un problema.

PRINCESA.

En situaciones críticas halagan
Al que está en aflicción aun las promesas
De mentiroso labio, y en la duda
De si falsas serán ó verdaderas,
Obliga el sacrificio

MARIA

Envidia tengo
De vos, amiga, y me poneis vergüenza.
Yo soy quien debería por la vida
Del esposo mover cielos y tierra,

Exponer á atropellos el decoro,
Y á peligros de muerte la existencia.
Pero si el corazón es de gigante
Para sentir, el alma es muy pequeña
Para sobreponerse al sentimiento
De dolor que la aturde y que la ciega.
Y no puedo.....

MAXIMILIANO.

(*Señalando los restos del papel que ha roto.*)

No obstante esos despojos
Que allí están, os acusa, os condenan.

(*Dirigiéndose á la Princesa.*)

Algo tenemos por aquí que pueda
Servir á vuestro intento; é interesa
Que á las primeras horas de la noche
Nos veamos.

PRINCESA.

Vendré

MIRAMON.

Parece que entran.

ESCENA NOVENA.

DICHOS Y FERNANDO, *un Oficial al fin.*

FERNANDO.

Señores.

MAXIMILIANO.

Capitán.

MARIA.

Fernando.

MIRAMON.

Hermano,

119

MAXIMILIANO.

Deseaba pagaros una deuda,
Una satisfacción daros.

FERNANDO.

No entiendo

MAXIMILIANO.

Si yo hubiese tenido por sinceras
Ayer vuestras palabras, sería otro
Lo porvenir, y otra la sangrienta
Historia de los últimos sucesos
Del imperio.

FERNANDO.

Y distinto también fuera

El estado de mi alma. La victoria
Que en aquestos momentos se celebra,
En las aldeas, pueblos y ciudades
Grandes de la República, atormenta
Al verdadero patriotismo. Lauros
Así, manchan la sien de quien los lleva,
Mas Dios lo permitió, como permite
Que cesen los ultrajes y violencias
De que habeis sido víctimas, ahora.
El General en gefe me encomienda
De este palacio la custodia; y salvo
Mi deber, me teneis á la orden vuestra.

MAXIMILIANO.

Gracias, republicano generoso.

MARIA. [*A Fernando.*]

Se salvarán ¿verdad?

120

FERNANDO.

¡Ah! Dios lo quiera.

¡Hermano mío!

(*Dirigiéndose á Miramón.*)

El corazón me duele.

Tan joven El deber sobre mí pesa

Hoy como una montaña.

OFICIAL

(*Entregando una carta á Fernando.*)

Aqueste oficio.

FERNANDO [*Lée.*]

¡Qué veo!

MARIA.

¡Se demuda!

FERNANDO.

¡Otra miseria!

MIRAMON (*A Fernando.*)

¿Qué te pasa?

FERNANDO.

¡Una nueva tropelía!

No solamente á los Ministros Belga,

Italiano y Austriaco se despide,

Sino que á las mujeres se destierra.

PRINCESA.

El Czar de Rusia fuera más clemente.

FERNANDO (*A la Princesa.*)

La desterrada sois, noble Princesa;

Y yo ¡triste de mí! quien el decreto

Sin pérdida de tiempo cumplir deba

MANIMILIANO. (*A la Princesa.*)

También sufrir os toca.

MIRAMON. (*A la Princesa.*)

[Os han vendido]

PRINCESA. [*A Miramón y luego á Fernando.*]
(No, no lo creo) ¿Y qué crimen pretextan?

FERNANDO.

Enemiga del público reposo
Conforme á lo que leo, os consideran.

PRINCESA. (*Con ira.*)

¿Sí? Menguada nación la que, á la vista
De una mujer se sobrecoje y tiembla,
Y pone en movimiento sus esbirros,
Y dicta órdenes bárbaras como esa.

FERNANDO.

Vos confundís á la nación, Señora,
Con los que, hoy vencedores, la gobiernan.
Pero México no es Juárez, ni Lerdo.....
México.....

PRINCESA

Perdonad. La ira me ciega

FERNANDO.

¡Oh! maldito deber!

PRINCESA.

Ès necesario

Que lo cumplais.

122

FERNANDO.

Pues que cumplido sea,

PRINCESA. [*Ap. á Maximiliano.*]

[A las primeras horas de la noche

●s veré, sin embargo.]

MAXIMILIANO.

¡Adios! Princesa,

MARIA.

Adios

(*Se van la Princesa y Fernando.*)

ESCENA DÉCIMA.

MAXIMILIANO, MIRAMON, MARIA Y EL FISCAL.

[*acompañado de guardias que presentarán las armas, cuando el Fiscal lea la sentencia, y á una señal del oficial que los manda.*]

FISCAL.

Soy el Fiscal. Maximiliano
De Hapsburgo, y Miramón, hoy la sentencia
Vais á escuchar, que unánime el Consejo
De guerra pronunció. Voy á leerla.

MARIA.

¡Dadme valor Dios mío!

MAXIMILIANO,

La lectura

Suprimid. Firmaremos.

123

FISCAL.

Se os condena

A muerte.

MARIA.

¡Desdichada!

MAXIMILIANO.

Entre vosotros

Ni el dolor de una esposa se respeta.

MIRAMON

(*Al Fiscal en tono de amarga reconvención.*)

¿No os dijo que callarais?

FISCAL. (*Sin hacer aprecio de la reconvención.*)

¡Adelante!

Alta Mejía. La sentencia sepa,

Para remedio de ser mal.

[*Se oyen unos disparos.*]

MARIA [*Sobresaltada.*]

¡Qué pasal!

FISCAL.

Los disparos parece que os alegran.

Ellos á la ciudad entera anuncian

Que Méndez terminó ya su carrera.

MAXIMILIANO.

¡Desventurado amigo!

MARIA.

¡Dios lo salve!

MIRAMON.

¡Feliz él, que ya en Dios descanso encuentra!

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, FERNANDO,

MARIA,

Está mudo el telégrafo que habla
De San Luis Potosí. Pasan las horas
Con rapidez desesperante, y breve
Palabra dé consuelo, ni una sola,
Las eléctricas lenguas articulan.
Antes de que á la súplica respondan,
Ejecutada la crúel sentencia
Será. Pensarlo el alma me destroza.
De suspender la ejecución no hay medio.
Escobedo parece que la apronta,
Rehusa recibirme y á los varios
Grupos de caballeros y señoras
Que á mi dolor se unen, y mi justa
Solicitud benévolos apoyan.
Las esperanzas ¡ay! en el indulto
Cifradas, por mi mal son como gotas
De miel con que el amor y mi deseo

Humedecen el borde de la copa,
De ponzoña y acibar rebosante,
Para que apure la engañada boca
Cuanto hay en ella de mortal y amargo.
Soy como niña que, con mentirosas
Ilusiones que pasan, me entretengo.
Mis esperanzas últimas, mis solas
Esperanzas están en tí. Si quieres
Tú, dar la vida puedes á quien nombras
Hermano desde antes que se uniera
A la hija del que tuvo, en feliz hora
El padre que tu padre, y también daría
A los que lo acompañan. No por otra
Causa al Señor en sus designios plugo
De su prisión fiarte la custodia.
¡Ah! no dejes que pasen de la noche,
Que ya vendrá, las favorables sombras,
Sin hacer generoso la ventura
De la más infeliz de las esposas.....
¿Y nada me respondes?

FERNANDO.

¡Oh ; María!
¿Lo que de mí pretendes, reflexionas?

MARIA.

Sí; pretendo una acción que por lo grande
Con los nobles impulsos se conforma
De tu buen corazón; que no me dejes
Morir desesperada, vivir loca;
Que de orfandad libertes á mis hijos.

FERNANDO.

¡Y el deber!

127

MARIA.

¿Deber hay que se oponga
A humanidad? ¡Deber! Yo no concibo
Obligación en tí como patriota,
Ni como caballero, de que allegues
Tu mano inmaculada, cuando en obra
Se va á poner el acto más salvaje
Que registre en sus páginas la historia.
¿Querrás hacerte cómplice? Imposible.
Almas, como la tuya, se abochornan
De pensarlo no más. No; la injusticia
A nada obliga.

FERNANDO.

Mas á mí no toca
Calificar el fallo del Consejo,
Cuyo poder no extrañes reconozca.
El será responsable, si, al dictarlo,
Al oro se rindió ó á tentadoras
Ambiciones, con mengua de las leyes.

MARIA.

Semejante lenguaje en tí me asombra.
Un fallo de hombres, opinión es de hombres.
¿Y desde cuando la opinión, que boga
A todo viento, conquistó el derecho
De imponerse á quien puede sentir otra?
¿O tienes tú dos pesos, dos medidas?

FERNANDO

En situación difícil me colocas.
Está empeñada mi palabra. Si á ella
Falto mi patrimonio es la deshonra.

MARIA,

La palabra de honor del caballero
Lazo no debe ser de inicuas obras,
De atentados atroces, garantía.
Mas... ¿á qué discutir, si sobre toda
Razón, quiero que salves ¡oh Fernando!
Al precio, si es forzoso, de tu honra
A seres tan queridos. Si los salvas
Das padre, porvenir, abrigo y sombra
A un tiempo á tres hermosas criaturas,
Que de inocencia cifien la aureola.
Éllas creciendo, y cuando yo les muestre
A ti su bienhechor, y te conozcan,
Te harán sentir satisfacción más pura
Que la que sentirás, cuando á tus solas,
Recuerdes con horror que fuiste parte
En el cruento holocausto de tres hostias,
Que inmoló la pasión ante las aras
De venganza feroz. Si la memoria
Lo llegase á olvidar, traerá el recuerdo
Desgarrador á tu alma fresca gota
De la sangre vertida, que aun conserve
El viviente calor, la color roja,
Con que brotó de los ilustres cuerpos
Que animaba; y entonces penas hondas,
Sufrirás, y tormentos, y martirio.....
¿Y callas?

FERNANDO.

¿Y qué quieres que responda?

MARIA,

No tienes corazón, ó si lo tienes.
Debe de ser más duro que la roca.

¡Ya se ve! no eres padre. Es imposible
Que, no siéndolo, entiendas el idioma
De una aflijida madre. Adios ingrato.

(En actitud de irse.)

Muy pronto has olvidado que, si ahora
Tu corazón alienta, se lo debes
A quien, bajo pretexto de una honra,
Mentida, hoy tu favor y amparo niegas.

FERNANDO.

Tente María. Parto sin demora
A pedir que en la guardia me releven
De la prisión al punto, pues agobia
Con su peso mis hombros tanta carga;
Y libre ya, procuraré con toda
Actividad salvarlos.

MARIA.

¡Gracias! ¡gracias!

Pronto á darme la paz, la dicha torna
Y á ellos la paz, la libertad, la vida.
Yo mientras voy á ver ¡misera esposa!
Al dulce ser á quien tal vez en vano
Querré clamar dentro de pocas horas,

*[Fernando sale por la puerta de la derecha y
María por la del fondo, por la cual sale el Conde
y la detiene.]*

ESCENA SEGUNDA.

MARIA Y EL CONDE.

CONDE.

Aun no podeis entrar. El sacerdote
Católico su espíritu conforta

Con la gracia de Dios, y los prepara
Para el viaje que harán presto á la gloria.

MARIA.

¡Oh dolor!

CONDE.

La esperanza que les queda
De salvación es así como antorcha
Que se apaga.

MARIA.

¡Verdad!

CONDE.

¿Quién, muerto Méndez
Y desterrada la Princesa, toma
Sobre sus hombros la ímproba tarea
De unir de nuevo de la trama, rota
Por la deslealtad, los ténues hilos,
En el tiempo que resta?

MARIA.

Nos acorra,
El Señor, alumbrándonos la senda
Que se debe seguir. Mis ruegos oiga,
Y me conceda al menos que del fallo
La ejecución no vaya á ser tan pronta,
Como varios rumores lo divulgan.
Mi esposo de la noche con las sombras
Al parque bajará, donde el deseo
Ve brillar de esperanza luz remota.
Y Fernando, cumplido en sus promesas,
Tendrá lugar de disponer las cosas

131

CONDE.

¿El Capitán se halla en el secreto
De lo que se combina?

MARIA.

Aún lo ignora,
Pero en estos momentos solicita
Le releve Escobedo, en la custodia
De la prisión; y libre ya, ofreciéndome
Consagrar sus esfuerzos á la obra
De procurar su libertad.

CONDE.

Sin duda
Cumplirá. El Capitán es una joya
De subido valor.

MARIA.

¿Y nada dicen
De San Luis?

CONDE.

Hace poco que una nota
Me entregó un oficial, para que luego
Yo de la Majestad en mano propia
La pusiese, y barrunto que ella encierra
La respuesta de Juárez perentoria.
Ocupado en asuntos de su alma,
No obstante mi ansiedad y mi zozobra,
He debido esperar á que concluya,
Y su atención no distraer con cosas
Que me temo no sean favorables.
Mas acabó la santa ceremonia,
Pues vuestro esposo llega; y necesario
[*Aparece Miramón por la puerta del frente.*]

Es que su Majestad lea y conozca
De aquesta nota el contenido. Vuelvo.
[*Vase por la puerta de la izquierda.*]

MARIA.

¡Bendito ese papel, si redentoras
Son las palabras que contiene escritas!

ESCENA TERCERA.

MIRAMON, MARIA.

MIRAMON (*Abrazando á Maria.*)

Un abrazo, María. Ven y goza
De mi tranquilidad.

MARIA (*Maravillada.*)

Mas ¿qué te pasa?

MIRAMON.

En mi conciencia transformada se obra
Gran prodigio. ¡Ya estoy regenerado!
Los dos hombres que en ella guerra sorda
Se hacían, ya no viven, ó si viven,
Es en fraterna, angelical concordia.
Dulce gozo interior, no conocido,
En mi alma penetra, como aroma
De fresca flor en el ambiente puro,
Y se difunde, como en tela floja
De sedoso vellón, oleo suave.
Ya no me da vergüenza, ni abochorna
Morir sin defenderme, como mártir
Que el dócil cuello á la cuchilla dobla.

No sé si es más preciosa aquesta muerte
Que la que en el gimnasio de la gloria
Militar, alcanzar un tiempo pude.

[Dirigiéndose á María.]

Quiero ver á mis hijos. De mi boca
Reciban el beso último y lo guarden,
Como señal de amor, en la memoria;
Y se acuerden de él, cuando comprendan
Que tuvieron un padre Pero ¿lloras?
¡No llores, prenda mía. Dios lo quiere!

MARIA.

Y ¿cómo no llorar, si se me roba
El tesoro más rico? No Los tigres
La presa han de soltar. Fernando toma
A su cargo salvaros. ¡Dios lo ayude!

MIRAMON.

¿Fernando, dices?

MARIA.

El ¡misericordia!
¡Oh Señor! para uno de los tuyos
Que defendió tu religión y tu honra!
Voy por tus hijos.

(Al salir.)

¡Pronto ven Fernando!
¡Oh noche! ¿Por qué tardan hoy tus sombras?...

[Sa va. Miramón queda meditando, sin advertir la entrada de Maximiliano y el Conde.]

ESCENA CUARTA.

MAXIMILIANO, MIRAMON, CONDE.

MAXIMILIANO.

Os lo decía, Conde, inútilmente
Los defensores la clemencia invocan
Del vencedor que quiere nuestra sangre.
¡Acaben de una vez! A mi Carlota
Me uniré, si ya ha muerto, como dicen.
En medio de mi mal tan horrorosa
Noticia es de mi pena gran consuelo.
¡Mejor que muera y no que viva loca!
(*Dando á Miramón un papel.*)
General, ved aquí lo que responde
El Presidente Juárez.

MIRAMON (*Lée.*)

No perdona

MAXIMILIANO.

“Por consideraciones de justicia
Graves, y porque asegurar importa
La paz de la nación en lo futuro.”

MIRAMON.

Por..... miedo. Las demás razones sobran.

MAXIMILIANO.

Id, sin embargo, Conde; y á Escobedo
Suplicad que dé orden de que pongan
Este parte á San Luis. Significadle
Al mismo tiempo que, si no le enoja,
De verle en la prisión yo me holgaría,
Breves instantes.

135

CONDE [*Al salir.*]
¡Suplicante ahora,
Vos que nacisteis Príncipe!

(*Se va.*)

ESCENA QUINTA.

MAXIMILIANO, MIRAMON.

MAXIMILIANO,

Seguro.

Porque así lo escuché de vuestra boca,
De que en el parque no querreis la vida,
Si de amistad la súplica no logra
Salvar la de los tres, en ello haciendo
Un sacrificio que os eleva y honra,
Un mensaje dirijo al Presidente,
Rogándole que sea yo la sola
Víctima, y que conserve la existencia
A Mejía y á vos.

MIRAMON,

¿No os acomoda
Que lleguemos al término ceñidos
Con el mismo laurel, la misma gloria?
Nada conseguireis. Juárez no cambia
De ideas ni opiniones en una hora.

MAXIMILIANO,

El no ha sido clemente con vosotros
Por no serlo conmigo, de quien odia
Los días, porque juzga que, si vivo,

La monárquica idea aquí **no** cortan
De raíz, y en el suelo de la Patria
Retoñará después con mayor pompa.

MIRAMON.

Mas yo os debo seguir.

MAXIMILIANO.

Es necesario

Que viváis. En su gran misericordia
Os ha dado Dios hijos, que á mi ¡triste!
Me negó, y os conserva fiel esposa,
Que me arrebató á mí. De condiciones
La variedad real, amigo, importa
Diversidad de suertes y destinos.
Sobre la tierra, páramo sin rosas,
Valle de eternas lágrimas, ardiente
Desierto sin oasis y sin sombras,
Alta misión os queda todavía
Que llenar. Del hogar que se desploma,
Como fuisteis, sereis la firme base,
La mano que sus muros recomponga,
Guía y sostén, consolación y encanto
De la familia que bajo él se esconda.

ESCENA SEXTA.

MAXIMILIANO, MIRAMON Y UN OFICIAL
REPUBLICANO.

OFICIAL

Un joven extranjero al Archiduque
Hablar desea, y cualquiera nota
Que viene presuroso y de camino.

137

MAXIMILIANO.

¿Quién podrá ser?

MIRAMON.

Ser puede tal persona

Bravo Oficial de la Legión Austriaca

O de la Belga, que procura la honra

De rendiros el último homenaje.

OFICIAL.

¿Le permito pasar?

MAXIMILIANO.

Luego.

(Se va el Oficial.)

ESCENA SEPTIMA.

MAXIMILIANO, MIRAMON.

MAXIMILIANO.

De Europa

Mensajero será, que me confirme

La verdad de la muerte de Carlota.

ESCENA OCTAVA.

MAXIMILIANO, MIRAMON,

Y LA

PRINCESA DE SALM *(en traje de Oficial belga.)*

MIRAMON [*Al entrar la Princesa.*]

Ya está aquí.

MAXIMILIANO.

Caballero.....

PRINCESA.

(*Desembozándose.*)

Bien, me place

Que Vuestra Majestad no me conozca,
Cual no me conocieron los que cuidan
De la ciudad las puertas, ni la tropa
Que cuida esta prisión

MAXIMILIANO (*Admirado.*)

¡Sois vos, Princesa!

PRINCESA.

Os prometí que á las primeras horas
De la noche os vería; y me anticipo,
Por lo que ya sabreis.

MAXIMILIANO.

¿La orden pretoria

En vos no se cumplió?

PRINCESA.

Salí por una

Garita de la plaza; más por otra
Torné á entrar, como veis, en este traje,
Tan luego como regresó la escolta
Que me fué acompañando cuatro millas.

MIRAMON.

Fuisteis hábil, Princesa, en la maniobra

PRINCESA.

El deseo que tengo de salvaros
Me sugirió la idea.

139

MIRAMON.

Con heroica
Resolución, y pronto ejecutada

PRINCESA.

Ya en la ciudad, averigüé con poca
Diligencia que el gefe, en cuya mano
Puse oro y plata en reluciente copia,
Fué el mismo que faltando á su palabra
Vilmente me vendiera. Sin demora
Resolví dirigirme al Comandante,
Su segundo en el mando de la tropa,
En quien cifraba toda mi esperanza,
Pues que tenía fijo en la memoria
Que estuvo en el secreto, y por vosotros
Gran interés manifestaba. Afronta
La situación difícil, y se obliga,
A lo que el gefe, rehusando toda
Retribución. Al batallón que manda,
Precisamente por fortuna toca,
Desde aquí conduciros hasta el Cerro
De las Campanas, do la aterradora
Ejecución tendrá lugar. La fuga
Será fácil, merced á tan preciosa
Coincidencia, si diestro al prótejerla,
Prudente y arrojado se comporta.
En un cercano sitio están dispuestos
Tres bridones que espuela no soportan.
Una vez caballeros en sus lomos
Alcance no os darán por más que corran
Los ginetes contrarios,

MAXIMILIANO.

Yo de mucho

140

Os supuse capáz, però me asombra
Cuanto habeis hecho.

PRINCESA.

El Capitán Fernando
De salvación otros resortes toca.

MAXIMILIANO.

¡El Capitán Fernando!

MIRAMON.

Me olvidaba
De contaroslo.

PRINCESA.

Por su poderosa
Influencia la orden fué expedida
(*Sonriendo con afabilidad.*)

Que al joven extranjero proporciona
La delicia de veros y de hablaros.
Me faltaba deciros por qué á la hora
Me anticipé de la nocturna cita.
Escobedo, temiendo que la tropa
Republicana siga el noble impulso
De la ciudad, que bulle y se alborota,
Y con ruegos que son, como amenazas
Vuestra vida demanda, que no implora;
Recelando también que, más felices
Otros que yo, seduzcan y corrompan
A gefe principal, del fallo apronta
La ejecución. Ahora mismo al Cerro
De las Campanas sube en silenciosa
Marcha la división que el regicidio
Presenciará. De suerte que son pocas

Las pulsaciones que os conceden, breves
Los instantes de vida. De las cosas
Que pasan enterados, me retiro
Aunque duro me sea. Hablar importa
Al Capitán Fernando, y en contacto
Ponerlo con el gefe que la obra
De salvación consumará.

MAXIMILIANO,
¡Princesa!

PRINCESA. [*Despidiéndose de Maximiliano.*]
¡Adios Señor!

MAXIMILIANO.
Sublime redentora,
Nunca la gratitud hallará modo
De expresar, si no es en el idioma
De los ángeles, cuán reconocida
Está á vuestra bondad.

PRINCESA (*Despidiéndose de Miramón.*)
¡Adios!

MIRAMON.
Señora,
En los antiguos tiempos adoraban
Por menos los gentiles á sus diosas.
[*Se va la Princesa.*]

ESCENA NOVENA.

MAXIMILIANO, MIRAMON,

MIRAMON,
La Princesa! y ¡qué fe!

142

MAXIMILIANO.

Tantos afanes

No serán parte á darle la victoria,
En la lucha titánica emprendida
Contra el fatal destino; ó mas bien contra
La sabia Providencia, que la deuda
Ya de la vida, General, nos cobra.

MIRAMON.

Harto felices somos, pues aviso
Nos da de la manera y de la hora
En que hemos de pagarla.

MAXIMILIANO.

Sí; cumpliöse

Mi sueño. La locura de la esposa,
Locura que rumores de su muerte
Me hacen menos sensible, es como antorcha
A cuya luz columbro aquel calvario,
Y en su cumbre de horror, aquellas hóstias.

MIRAMON.

Elegido ya el monte, y sentenciadas
Las víctimas, á ser casual, asombra
Tanta verdad, tan afia coincidencia.

ESCENA DECIMA.

MAXIMILIANO, MIRAMON.

(Poco después Marta con tres niños de la mano.)

MIRAMON.

Mi esposa llega.

143

MAXIMILIANO.

No de la remota
Esperanza de vida, que de nuevo
Vemos brillar, le habléis. Una vez y otra
Fuera matarla, si, según barrunto,
Se desvanece aquella como todas.

MARIA.

¡No sé que pasa en la ciudad!

MIRAMON.

[*Sin atender á lo que dice María, va hacia á sus hijos, los abraza y sienta á dos de ellos sobre sus rodillas y á la niña enmedio.*]

¡Vivientes

Trozos del corazón!

MARIA.

¿Por qué se nota
Consternación y alarma en todas partes?
Al pie de la prisión, armado, forma
Un batallón.

(*Uno de los niños parece asustarse.*)

MIRAMON [*Dándole un beso.*]

¿Por qué, por qué te espantas
De mis caricias?

MARIA.

Todos á mi tornan
Los ojos, y al mirarme, con el dedo
Me apuntan, y al oído frases cortas
Murmuran, cuyo lúgubre sentido

144

Palabra suelta, ó lágrima que brota,
Me hace conocer.

[*Dirigiéndose á Miramón.*]
¡Pero no me oyes!

(*A Maximiliano.*)

Vos, Señor, escuchadme.

MAXIMILIANO.

No, Señora,

Os aflijais.

MARIA.

¡Oh Dios!

MIRAMON (*Siempre hablando con sus hijos*)

Dentro de poco

Os voy á abandonar, mas cariñosa
Os queda vuestra madre. Dadle besos,
Mientras niños seais; colmadla de honra,
Cuando la edad despierte vuestras almas.

MARIA.

Todo me indica que se acerca la hora,
La hora fatal, que el tiempo nunca, nunca
Debe marcar. ¡Piedad! ¡Misericordia!
Antes con uno de tus rayos hiere,
Señor, á ésta infeliz. Primero troncha,
Con una de tus plácidas sonrisas
El hilo que al espíritu eslabona,

[*Acercándose y señalando á sus hijos.*]

Los cuerpos de estos ángeles. Tú mismo,
Llevandolos al reino de tu gloria

145

Castígalos, más no los fieros hombres,
Su padre arrebatándoles

[*Dirigiéndose á Miramón.*]

¡Que me oigas

Te pido, por piedad!

MIRAMON.

¡Querida mía!

MARIA.

Vas á morir, Miguel. Y ¿cómo quedan
(*Mostrándole á sus hijos.*)

En el mundo estas flores sin aroma?
¿Estos cielos sin luz?

MAXIMILIANO,

¡Oh! lamentable

Situación! Dios bendito, que me ahorras
Semejante martirio, te doy gracias,
Porque hijos no me diste y á la esposa
Antes que á mí la alzaste á tus palacios.

MARIA.

¿Qué van á ser sin tí? ¿qué sin tu sombra?
¿Sin tu arrimo en la tierra? ¡Tan pequeños!
Muriendo tú, será su vida toda
Cadena de miserias y de afrentas,
De amarguras, de penas y zozobras.
No tendrán porvenir, ni dulces frutos,
Como la vid que el viñador no poda;
Ni podrán, ignorados, decorarse
Con los tímbrs de honor de tu memoria.
Mañana, los que no te conocieron,
Y del amor, que por la Patria hermosa

Te condujo al patíbulo, á la lumbre
No se inflamaron, ni á la llama heroica
Del entusiasmo generoso y puro
Que por la religión de los que lloran
Te armó el brazo cual de otro Macabeo,
Y hoy te ciñe de mártir la corona,
Los llamarán: "Los hijos del impío"
Y también ¡oh baldón! ¡oh pena honda!
"Los hijos del traidor."

MIRAMON.

¡Cómo María!

¿Así los llamarán? ¡Miente su boca!

(Abrazando á sus hijos.)

Hijos míos queridos, vuestro padre
En sus momentos últimos perdona
A quienes á su faz horrible mancha,
Para cubrir su iniquidad, arrojan.
A mi patria amé siempre como bueno.
Yo riquezas no os dejo, pero sí honra,
Como vuestra alma, inmaculada, limpia,
Como estas frentes que mis labios tocan.

(Los besa.)

MAXIMILIANO.

¿Para qué, General, amigo mío,
Para qué así enconar, triste Señora,
Destrozando con garfios, una herida
Que sin ello, y si el Dios bueno á sus propias
Fuerzas abandonara al que la sufre,
Pudiera ser mortal? Si la horrorosa
Muerte que nos aguarda, es ya un decreto
Del cielo, que á nosotros venga pronta,
Sin que lágrima impía de los ojos
Brote, ni de los pechos queja sorda.

Algo de la divina omnipotencia
En la resignación se siente y toca.
Cosas que nos parecen imposibles
De alcanzar, con su ayuda poderosa
Se alcanzan, sin que esfuerzos de su parte
Para alcanzarla el que la sufre ponga.
Fiad en Dios ¡atribulada madre!
Resignación, infortunada esposa.
Brillará como un astro immaculado
De vuestro compañero la memoria.
México, el mundo, le harán justicia,
Calmadas las pasiones que hoy embotan
El sentido moral de los partidos
Que todo desfigurán y trastornan

(Poniendo la mano sobre los niños.)

Dios cuidado tendrá de estos pimpollos,
Dios que á los pajarillos, que se emboscan,
Para sus nidos da, copos de seda,
Para su alas. luz, piedras preciosas;
Y á los lirios del campo, vestiduras
De tal magnificencia y tanta pompa
Que no lució jamás monarca alguno.
Vos su guía sereis, amparo y sombra,
En la edad infantil; y después, ellos
Serán de vuestros días la corona,
Y el báculo gentil que los sustente.
Si bienes de fortuna transitoria
A la felicidad en algo sirven,
Mi última voluntad se los otorga.
Encargo y ruego á mi real hermano
El Sacro Emperador de Austria, que acoja
A vuestros hijos, como á hijos míos;
Y cumplirá mi voluntad, Señora.
El padre combatió por mi derecho,

148

Y en las aras que yo, noble se inmola.
¡Cuanto haga por su sangre al sacrificio
No iguala de su alma generosa!

MIRAMON.

¡Qué haceis por mí!

MARIA.

¡Señor!

[*Baten mareha.*]

MAXIMILIANO.

Aqueste toque
Me anuncia que Escobedo ya me honra
Con su visita

ESCENA UNDECIMA.

DICHOS Y EL CONDE.

CONDE [*Abatido.*]

Sí, Escobedo viene
A vuestro llamamiento

MAXIMILIANO (*Al Conde.*)

Pues no hay forma
De que os tranquiliceis. El aire libre
Os hizo daño.

CONDE.

De mortal ponzoña
Fuera el daño menor.

149

ESCENA DUODECIMA.

DICHOS Y ESCOBEDO.

ESCOBEDO.

¿El Archiduque

Hablarme deseaba?

MAXIMILIANO,

Sí; una sola

Palabra.

ESCOBEDO.

Pues hablad.

MAXIMILIANO.

Como el primero

Aquí en autoridad, la carga os toca

De entregar estos pliegos importantes

Al Barón de Magnus, en mano propia.....

CONDE [*Con desconsuelo.*]

¡Su última voluntad!

MAXIMILIANO,

Tan luego como

Mis ojos cubran las mortales sombras.

ESCOBEDO.

Será servido el Archiduque.

MAXIMILIANO.

Gracias.

19

150

ESCOBEDO.

¿No se ocurre, Señores, otra cosa?

(*Dirigiéndose también à Miramón.*)

MAXIMILIANO.

Ninguna, General

ESCOBEDO.

Vuestro mensaje

Devolveros mandé, pues perentorias
Ordenes de San Luis vuestros deseos
Me impiden obsequiar. Pensad ahora
En vuestro fin. ¡Adios!

MARIA [*A Escobedo suplicante.*]

Señor ¡os pido

Que difirais la ejecución!

MIRAMON [*A María.*]

Que te oiga

No esperes.

MARIA (*Arrodillándose.*)

Éstos niños inocentes

Unos instantes más de vida imploran
Para su padre.

MIRAMON (*Levantando á María.*)

¡Alzate, María!

ESCOBEDO.

No puede ser lo que pedis, Señora.

MARIA (*Interceptándole el paso.*)

Pues matadme también. De estos quiciales
No pasareis el pie, si no destroza
Vuestra mano mi pecho, y no me arranca
La vida que, sin él está de sobra.
¡Oh monstruo! de Dios teme la justicia,
Pues no ha cabido en tí misericordia!

(*Escobedo hace un esfuerzo, y se desprende de Maria.*)

ESCENA DECIMATERCERA.

DICHOS, MENOS ESCOBEDO.

MARIA.

¡Oh, sí! vas á morir, y yo no puedo
Morir en tu lugar, ni de estas joyas
[*Señalando á sus hijos.*]
Con el precio infinito redimirte.
¡Ah! si la vida fuese alguna cosa
Que pudiera de un cuerpo en otro cuerpo
Pasarse de una vez, ó gota á gota,
Cual se pasa á vacío, limpio vaso
Todo el licor de rebosante copa,
Juntaría mi vida, y las tres vidas
De mis hijos; y luego que las rojas
Balas te despojaran de la tuya,
Animaría, ¡dulce amor! con todas
Éllas tu yerto cuerpo; y vivirías.
Mas ¡acerbo dolor! ¡mortal congoja!
Solo puedo llorar, desesperarme,
Y padecer..... y maldecir

MAXIMILIANO.

Señora,

Sér hay más desgraciado. En breves días
He sufrido el infierno. Me abandona
Bazaine, Napoleón me engaña.
Sé que la augusta Emperatriz Carlota
Es ultrajada en Francia, y al gran peso
Del ultraje feroz, se vuelve loca,
Y que murió tal vez, sin que yo cierre
Sus ojos, ni en su lápida mortuoria
El epitafio de mi amor escriba.
Contemplo que mi trono se desploma
De nación extranjera al rudo embate,
Que á un partido sin títulos apoya;
Y lucho denodado con los míos,
Y, cuando ya el laurel de la victoria
Nos vamos á ceñir, alguien nos vende,
Como Júdas á Cristo, á quien nos compra.
Y sobre esto, que es mucho para un débil
Mortal, viene la bárbara congoja
De este cuadro de horror de que sois centro,
Y más allá el cadalso, y la horrorosa
Muerte. Con todo, besaré la mano
Que acabe con mí sér. Penas más hondas
Para vos pueden ser un lenitivo,
Y fuente de consuelos. Dios.....

ESCENA DECIMACUARTA.

DICHOS, UN OFICIAL *y soldados á la puerta.*

OFICIAL.

[*Entrando por la puerta lateral de la izquierda.*]

Es la hora

153

MARIA.

¡Oh! Dios! ¡mi amor!

[*Abrazando á Miramón.*]

MAXIMILIANO (*Dirigiéndose al Conde.*)

Al General Mejía

Avisad; y prestadle, pues lo agobia

Gran dolencia, un apoyo en vuestro brazo.

[*Se va el Conde.*]

ESCENA DECIMAQUINTA.

DICHOS MENOS EL CONDE.

MARIA.

¡Hijos míos! ¡Miguel!

(*Llorando.*)

MIRAMON.

No porque rompan

Los lazos que nos unen, la esperanza

Cierta de que es, como un suspiro, corta

Nuestra separación, dulce María,

Quitarnos ellos, al matarme, logran.

MAXIMILIANO.

¡Sí; la esperanza!

MARIA.

¡La esperanza! Un rayo

¿Por qué no manda la divina cólera

De una vez sobre mí? ¡Desventurada!

¿Dónde encontrar favor?

154

MIRAMON.

¡En Dios, esposa!

MAXIMILIANO.

Sí, Dios la amparará

ESCENA DECIMASEXTA.

DICHOS Y MEJIA

(Que entra por la puerta lateral de la derecha, llevado del brazo por el Conde.)

MAXIMILIANO.

(Al ver entrar a Mejia y al Conde, y dirigiéndose á estos y á Miramón.)

Vamos, Señores.

(Se encaminan á salir por la puerta lateral de la izquierda, después de despedirse de María, yendo por delante Maximiliano y Miramón, y detrás Mejia y el Conde.)

MIRAMON.

(Dirigiéndose á María.)

¡Adios..... Adios!

MARIA.

¡Se va! Nos abandona,
Hijos míos!..... Detente Una palabra!
¡Miguel! ¡Miguel! el mismo golpe arranque
La existencia á los dos

MIRAMON.

(Retrocediendo hacia María y besándola.)

Un beso ahora.....

Después..... ¡Adios!

155

MAXIMILIANO [*Al Oficial con imperio.*]
Detenedla; que no salga.

OFICIAL.

Atrás

MARIA.

[*Con resolución y pretendiendo seguir á Miramón.*]

Quiero pasar.

MAXIMILIANO [*Al salir á Maria.*]

Noble matrona,

Tornaremos á vernos.....

MARIA.

¿Pero dónde?

MAXIMILIANO.

No en la tierra; la cita es á la gloria.

[*Se van.*]

ESCENA DECIMASEPTIMA.

MARIA Y SUS HIJOS.

[*Haciendo las pausas que indica el verso.*]

¡Ay!.... ¡hijos míos!.... ¡huérfanos!.... ¡viuda!....
¡Como infame morir!..... ¡misericordia!
¡Piedad, Señor, piedad!.....

156

ESCENA DECIMOCTAVA

DICHOS Y LA PRINCESA DE SALM SALM.

PRINCESA.

Amiga mía.

MARIA.

Los que buscais, Princesa, de la torba
Muerte al encuentro ¡bárbaros! los llevan.
¿Mis lágrimas no veis?..... Ya aquí no moran.

PRINCESA.

Regocijaos ó esperad al menos;
Tal vez en el camino que recorran
La vida encontrarán, que no la muerte.

MARIA (*Con sorpresa.*)

¡Que oigo!

PRINCESA.

Pues qué ¿ignorabais?

MARIA.

Todo ignora

La que cae en desgracia. Pronto ... pronto
Hablad, que el pecho la ansiedad ahoga.

PRINCESA.

Pues, amiga, sabed que si el destino
No me es contrario, como tantas otras
Ocasiones me fué, serán seguras
Su salvación y libertad ahora,
Que al triste Cerro van de las Campanas.
Es nuestro el batallón que los escolta.

MARIA,

Princesa, son vuestras palabras dulces
Como ambrosía; son consoladoras,
Como el iris que en cielo tempestuoso
Sus colores espléndidos asoma.
¡Ah! mi felicidad haceis con ellas!
Oremos por que el cielo los acorra.

(Se arrodillan, y después de unos momentos, se oyen varios disparos; y María sobresaltada se po- de pie.)

¿Escuchais?

PRINCESA.

Sí; escucho unos disparos.

¡Se han salvado!

(Con gozo.)

MARIA *(Volviéndose á arrodillar.)*

¡De Dios Engendradora,
Consuelo de afligidos, los ampara!

[Después de un momento, se oyen otros disparos y se levanta.]

¡Otros disparos!

PRINCESA.

En su presurosa
Fuga son perseguidos, pero alcance
No les darán.

MARIA. *(Después de un momento.)*

¿Por qué detonaciones
No se oyen?

158

PRINCESA.

La distancia les estorba

Ofenderlos,

MARIA.

Que sea así. Toruemos

A orar, porque los cubra con su sombra

La Providencia del Señor.

(*Se arrodilla.*)

ESCENA DÉCIMANONA.

DICHOS Y FERNANDO.

[*María permanece absorta y abrazada á sus hijos, sin notar la entrada de Fernando, volviendo á enterarse de lo que pasa hasta que el Conde se presenta.*]

FERNANDO.

Princesa,

Antes veros no pude, aunque con toda
Actividad lo procuré. ¡Infelices!.....

PRINCESA.

Mas se salvaron, ya lo veis.

FERNANDO.

Señora,

¿Quereis decir que han muerto? No os entiendo.

159

PRINCESA (*Con ira.*)

¡Cómo! ¿También el comandante viola
La fe de sus promesas?

FERNANDO.

El no pudo
Cumplirlas. Escobedo á última hora
Mandó cambiar con el mayor sigilo
Los gefes designados y la tropa
Que los iba á escoltar.

PRINCESA.

¿Y los disparos?

ESCENA VIGESIMA.

DICHOS Y EL CONDE.

CONDE.

Fueron anuncios de que al fin la gloria
Alcanzaron tres mártires.

PRINCESA.

¡Horrible!

MARIA.

[*Haciendo pausas y en el desorden que indican
los versos.*]

¡Ay Princesa!..... ¡Fernando!..... ¡fugaz sombra
Fué mi esperanza! ¡Dulces hijos míos!
¡Huérfanos sois!.. ¡Señor!.. ¿Mas qué nos resta?
¿Qué hacer aquí? Hijos míos, si la fosa

Lo aguarda ya, partamos, sí, partamos
A poner ¡oh dolor! sobre su boca
El ósculo postrero; su cadáver
A librar del insulto y de la mofa
De sus verdugos, y á rogar por su alma
Al Dios de la piedad.

[*Se va con sus hijos.*]

ESCENA VICESIMA PRIMERA.

DICHOS MENOS MARIA Y SUS HIJOS.

PRINCESA.

Una aureola
En sus frentes esplenda. ¿Fué su muerte?

[*Al Conde.*]

CONDE.

Como correspondía al nombre y honra
De tan claro monarca y esforzados
Capitanes, sublime, gloriosa.
Llegados al cercano cerro, abraza
A los dos que en la muerte se le asocian
El noble Emperador; y, deseando
Al General, que fuera de sus tropas
El primero, rendir de honor tributo,
Por su fiero valor que al mundo asombra,
En el centro fatal de su Calvario
Entre los dos él mismo lo coloca.
Murió Mejía, resignado, humilde:
Miramón, digno, protestando contra
La mancha de traición que la barbárie
Sobre su rostro, aun al morir, le arroja;
Y perdonando á un tiempo á los que infanan

Su inclito nombre. Guardo en la memoria
Las últimas palabras del Hapsburgo;
El mundo de mis labios las recoja.
Oidlas: "Mexicanos: á los hombres
De mi clase y origen, Dios los nombra
Para hacer la ventura de los pueblos,
O ceñirse del mártir la corona.
A la voz de vosotros, animado
Vine, no de ambiciones tentadoras,
Sino de los deseos más sinceros
Por el bien del país y por su gloria.
Voy á morir por una causa justa,
La independendia, libertad y honra
De mi patria adoptiva. Que mi sangre
La última sea que se vierta, y ponga
En su felicidad eterno sello."
Así habló; y con su sangre el suelo moja.
Así los tres murieron, enseñando
Al mundo con su muerte, que ni heroica
Abnegación, ni patriotismo sirven
A pueblos, en que reina la discordia;
Y juntamente, que es fatal desgracia,
De elementos sociales con tal cópia,
Tener á las fronteras, procurando
Por todos medios su grandeza sola,
Y en nuestro mal interesada, una
Nación en oro y armas poderosa.

PRINCESA.

Un altar levantemos en su tumba,
De laureles y palmas á la sombra.

FIN DE LA TRAGEDIA.

Finis of the tragedy

DR © 1894.

Instituto de Investigaciones Jurídicas - Universidad Nacional Autónoma de México.

Fondo reservado de la Biblioteca Jorge Carpizo, https://www.juridicas.unam.mx/biblioteca-dr-jorge-carpizo

